

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ESE MUERTO NO SOY YO

Clark Carrados





Clark Carrados

Ese muerto no soy yo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1400

ePub r1.0

Lds 0903.03.18

Título original: *Ese muerto no soy yo*

Clark Carrados, 1977

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1400. Bruguera – 1977

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 62. Ediciones B – 1995

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Lo primero que hizo fue apagar las luces del departamento. Luego, con un extraño objeto en las manos se acercó a la ventana.

El objeto era un tubo de metal negro, mate, muy ligero, de unos cinco o seis centímetros de diámetro, acodado en los extremos. Su longitud era de unos tres metros.

Se lo había construido un amigo de la Marina de Guerra. El, por supuesto, había proporcionado los materiales, baratos y fáciles de obtener: los trozos de tubo y las lentes. En resumidas cuentas, era un periscopio.

La culpa de todo la tenía la hermosa y casquivana mujer que vivía en el piso superior. Ted Grove, a fin, de cuentas, se había dejado llevar por la marea. Pero Sally Potter tenía un marido extremadamente celoso, capaz de pegar dos tiros a cualquiera a la menor señal de sospecha.

Grove sacó el periscopio, que podía orientarse, naturalmente, y lo colocó apoyado en la pared. Suavemente, lo levantó un poco hasta que la parte superior sobresalió del antepecho de la ventana.

Eran cosas de Sally, se dijo. ¿No podía avisarle de las ausencias de su esposo de otra manera? Oh, ni siquiera quería usar el teléfono, ni una cartita en el buzón del vestíbulo de la casa. No, tenía que ser la contraseña acordada: un pañuelo verde colgado del espejo del tocador. Si el pañuelo era rojo, significaba que el marido estaba en casa o se corría el riesgo de una vuelta inminente.

No había pañuelo verde, ni tampoco rojo. En lugar de la hermosa Sally había un hombre.

El marido no era. Grove lo conocía bien: el señor Potter era un sujeto de casi dos metros, noventa y cinco kilos de peso y puños capaces de derribar tabiques. Aquel otro individuo era más bajo,

mucho menos corpulento y, además, casi calvó. El señor Potter, por contra, poseía una hermosa mata de pelo, por lo que la confusión resultaba imposible.

Lo primero que pensó Grove fue que Sally tenía un nuevo amante.

—Sería capaz de eso... Es una mujer capaz de todo —murmuró, un tanto filosóficamente, porque, a decir verdad, ya empezaba a sentirse cansado de todo aquel jaleo.

La curiosidad, sin embargo, le hizo retener el periscopio unos segundos a ras del antepecho. Entonces vio que el desconocido hacía algo muy extraño.

Tenía unas piezas de metal en la mano y las estaba encajando unas en otras. Grove casi se cayó de espaldas, cuando vio que se trataba nada menos que de un fusil de caza, provisto de dos adminículos muy interesantes: silenciador y mira telescópica.

—Este tío se va a cargar a alguien —fue lo primero que se dijo Grove.

Inmediatamente, pensó en avisar a la policía, pero lo desechó de inmediato. ¿Y si el sujeto no tenía esas intenciones?

Bajó un poco el periscopio y lo hizo girar
180°

—Supongamos que quiera matar a alguien. En todo caso, estará en el edificio frontero —dedujo.

La distancia era de unos ochenta metros. Puesto que había anochecido, hacía poco, las luces de la mayoría de las ventanas estaban encendidas. Grove estuvo mirando unos momentos, hasta divisar la sala, lujosamente amueblada, con una mesa alargada y varios individuos a su alrededor. Parecía la sala de juntas de una empresa de altos vuelos.

Había un sitio desocupado: precisamente el de la presidencia. Cuando llegase la persona que debía ocuparla, se sentaría en la silla situada junto a la ventana y de espaldas a la misma. El tiro no podía fallar, pensó.

Se preguntó cómo podría evitar el asesinato. Una vez miró hacia arriba y vio que el cañón del fusil no salía aún al exterior. Ya no se atrevía a subir el periscopio, temeroso de que el asesino pudiera verlo.

Entonces, de súbito, se le ocurrió una idea. Corrió a un cuarto trastero, donde guardaba algunas herramientas caseras, y buscó hasta encontrar un tubo de pegamento. Sacó una moneda y la untó por una de sus caras, sujetándola luego al extremo superior del periscopio.

—Te voy a perder... —Pero, de repente, había decidido que también le convenía perder a Sally. Además, como había estado algunos días fuera, sospechaba que los Potter se habían mudado de casa. Ella misma se lo había dicho en una ocasión: tenía un esposo tan celoso, que no aguantaba un año seguido en el mismo sitio.

—Bueno, adiós, Sally —dijo, mientras se asomaba a la ventana.

Sí, allí, a menos de tres metros, asomaban los centímetros de la boca del cañón. Miró un instante hacia la otra casa y vio que todos los hombres se ponían en pie. Ya había llegado el presidente. ¿O era presidenta?

Le pareció que se trataba de una mujer, aunque no estaba en aquellos momentos para entretenerse mirando demasiado. Con gran cuidado, hizo subir poco a poco el tubo del periscopio. La moneda, adherida al extremo superior, quedó justo ante la boca del cañón.

Una fracción de segundo más tarde, el asesino apretó el gatillo. Grove sintió una fuerte sacudida en las manos, pero aguantó firme. Arriba, sonó una extraña explosión.

Alguien empezó a chillar agudamente. Grove recogió el periscopio y cerró la ventana.

Luego, con unos prismáticos, miró hacia la casa de enfrente. La junta había dado comienzo. Y sí, estaba presidida por una mujer. Le pareció que era joven y bastante hermosa, aunque, por hallarse de espaldas, no podía captar demasiados detalles. Aunque a veces, las mujeres vistas de espaldas daban unos chascos tremendos.

Dejo los prismáticos a un lado. Quizá podía enterarse de lo que le había sucedido al asesino.

Se asomó al corredor. Oyó gritos y voces. Desde la calle llegó el chillido de una sirena policial.

Seguramente, alguien más había oído el estampido y los gritos del asesino. Grove se puso un cigarrillo en la boca y salió de su departamento.

En el piso superior había un pequeño alboroto. Tranquilamente, subió por las escaleras. Cuando llegó arriba, presenció un

espectáculo singular.

Dos policías se llevaban a un hombre, que tenía la cabeza envuelta en una toalla ensangrentada. El individuo bramaba como un toro acribillado de banderillas.

Había más policías en el piso que había sido de los Potter. Uno de ellos dijo:

—Le reventó el fusil en la cara... Perderá un ojo y le quedarán marcas para toda la vida.

—Bueno, cuando cure, el fiscal se las entenderá con él —dijo el otro policía—. Si es el que pensamos, sé frotará las manos de gusto. Tenía unas ganas locas de atraparlo con las manos en la masa.

—Pero no comprendo cómo ha podido pasarle eso a él, un tipo tan experto...

—Hasta los más listos se equivocan, a veces, muchacho. Y, ¿qué quieres que te diga?, no lo siento en absoluto. Los tipos que cobran por matar a sus semejantes me dan náuseas.

Grove ya no quiso seguir escuchando y volvió a su departamento. Sentíase satisfecho de haber hecho una buena labor. Una vida humana se había salvado gracias a él, aunque, por supuesto, no pensaba pedir ninguna recompensa.

Volvió a coger los prismáticos. Sí, ahora la presidenta se había puesto en pie y charlaba con los restantes miembros del consejo de administración. Era una mujer guapísima, aunque ya no una chiquilla. Debía de andar rozando los treinta años y tenía una silueta monumental.

Grove bajó los prismáticos y, silenciosamente, envió un beso con la mano a la mujer a quien había salvado la vida.

* * *

El conserje del edificio le confirmó que, efectivamente, los Potter habían marchado una semana antes.

—Justo al día siguiente de irse usted, señor Grove. No, no dejaron señas, lo siento... Luego, dos días después, ese tipo al que le ha reventado el fusil alquiló el apartamento, aunque, quién podía pensar que fuese un asesino profesional... Tan afable, tan cortés... Está visto que hoy día no se puede uno fiar de nadie, señor Grove.

—Así es la vida, Matt —sonrió el joven, mientras iniciaba la

corta marcha que había de conducirlo a la calle.

Cuando se hallaba ya fuera, se le ocurrió acercarse al otro edificio. Cruzó los espacios ajardinados que había en el centro de la avenida. Antes de atravesar la otra calzada, vio a la presidenta salir de casa. Iba envuelta en un lujoso abrigo de pieles y la esperaba un «Rolls», con el chófer a punto.

Aquella hermosa mujer ignoraría siempre que él le había salvado la vida. Después de que el «Rolls» arrancó, Grove continuó su camino en busca del restaurante donde solía cenar la mayoría de las noches. Uno no debe esperar recompensa por una buena acción, se consoló filosóficamente.

Al día siguiente, le subieron el diario. En primera plana aparecía la noticia del extraño suceso. La policía no podía explicarse cómo le había reventado el fusil a Duff Hartland, alias El Verdugo, ni tampoco conocía el nombre de la persona a quien debía haber asesinado. El fiscal aseguraba que ya era hora de echar mano a un tipo tan despiadado y que, tarde o temprano, le harían «cantar».

El resto del día transcurrió para Grove sin novedades apreciables. Tenía unos días de vacaciones y no sentía el menor deseo de volver al trabajo. Cuando llegó la noche, fue al restaurante, cenó con buen apetito y bromeó con la rolliza camarera que le había servido los platos. Janet, sin embargo, estaba casada y adoraba a su esposo, por lo que no cabía obtener de ella el menor favor.

Al terminar, tomó tranquilamente una taza de café y una copa de buen *brandy*. Era un restaurante muy discreto y con cómodos sillones. Grove decidió que estaba muy bien en aquel rincón, frente al televisor. En el programa figuraba una película del Oeste, que le gustaba mucho, y decidió verla allí mismo.

Cuando terminó, se sentía enormemente feliz. No tenía complicaciones de ninguna clase, había cenado estupendamente y el café y el *brandy* le habían levantado la moral considerablemente. Ni siquiera se acordaba ya de Sally Potter.

Emprendió el regreso a casa, sin prisas, gozando de la tranquilidad de la noche. La calle estaba prácticamente desierta y apenas circulaban automóviles.

De pronto, oyó un grito sofocado.

A cuatro o cinco pasos, una mujer forcejeaba con dos individuos.

«Ladrones», fue lo primero que pensó.

Y, sin pensarlo dos veces, se acercó al grupo.

—Por qué no la dejan, ¿eh? —exclamó cortésmente.

Los dos sujetos suspendieron en el acto su tarea.

—Así no se puede robar, Alvin —dijo uno de ellos.

—Esta ciudad da asco. Está llena de personas decentes —se lamentó el otro.

Grove miró a la mujer. De pronto, dio un respingo.

—A usted la conozco yo —dijo.

—Nunca nos hemos visto antes de ahora —respondió ella.

—Judd, ahora se van a poner a hablar de su familia —dijo el ladrón llamado Alvin.

—Seguramente, empezarán a recordar también los buenos tiempos en que estudiaban juntos —dijo Judd.

—Bueno, en ese caso, será mejor que los dejemos solos —propuso el otro bonachonamente—. Son unos chicos la mar de simpáticos y no merecen que les amarguemos la noche. ¿Vámonos, Judd?

—Sí, Alvin.

Los dos sujetos se marcharon. Grove y la joven quedaron frente a frente.

—De modo que me conoce —dijo ella.

—Por lo menos, de vista —sonrió Grove, contentísimo de haber encontrado a la hermosa presidenta del consejo de administración de una importante empresa—. ¿Dónde está su «Rolls»?

—¿Qué «Rolls»? Yo no tengo ningún coche de esa marca —respondió la joven sorprendentemente.

—Está bien, señora; si quiere mantener el incógnito... El mío está en el aparcamiento subterráneo del edificio donde vivo, pero, si lo desea, buscaré un taxi para que la lleve a su casa.

Ella sonrió.

—Es usted muy amable, señor...

—Grove, Theodore Grove, aunque puede llamarme Ted.

Una mano femenina se tendió espontáneamente.

—Myrna Simpson —dijo la joven.

—Hola, Myrna.

—Hola, Ted.

—¿Vamos?

—Sí.

Echaron a andar tranquilamente a lo largo de la acera.

—Por fortuna, usted ha intervenido a tiempo —dijo Myrna.

—Me doy la enhorabuena a mí mismo —sonrió él—. ¿Le han hecho daño?

—No. El jaleo había empezado apenas cuando usted llegó. Lo que sucede es que no me amenazaron, sino simplemente, me pidieron el bolso. Yo pensé que valía la pena resistir un poco antes de ceder por completo. En cierto modo, se portaron con mucha corrección.

—Bueno, ya no volverán a molestarla más:

Grove estaba equivocado. Judd Miller y Alvin Mahoney se habían apostado a la entrada de un callejón cercano. El primero tenía una cachiporra en la mano.

—Tú, aprovecha cuando yo le atice, ¿estamos?

—O. K., Alvin —contestó Miller.

—Retírate un poco más, que no te vean hasta que llegue el momento.

Grove y Myrna se acercaban al callejón, charlando animadamente, sin saber la sorpresa que les aguardaba. De repente, al pasar por una puerta, oyeron un gemido ahogado.

—So... co... rro... —decía la voz, en tono muy bajo.

CAPÍTULO II

Grove alargó el cuello hacia el lugar de donde procedía la voz.

—Algún borracho —supuso.

—¿No cree que deberíamos ayudarle? —indicó Myrna.

—Bueno...

Grove entró en el portal, que se hallaba a oscuras. Buscó el encendedor y su llamita alumbró el cuerpo de un hombre tendido al pie de la escalera.

—Hola... —dijo el sujeto, débilmente.

—¿Qué le pasa, amigo? —preguntó Grove.

—Me estoy... muriendo...

—Llamaré a una ambulancia. ¡Myrna!

El desconocido movió una mano.

—No... no se molesten... Estoy listo...

Grove se arrodilló a su lado.

—¡Caramba! —exclamó de pronto—. Oiga, ¿quién se está muriendo, usted o yo?

—¿Es su hermano gemelo? —preguntó Myrna, inclinada sobre el hombre caído en el suelo.

—Yo no tengo ningún hermano —contestó Grove.

—Y no parece herido —añadió ella.

Entonces, el desconocido se abrió un poco la chaqueta.

—Miren —dijo.

Myrna se tapó la boca con una mano. En el lado izquierdo de la pechera de la camisa había una mancha roja.

—Pues sí, es cierto —dijo Grove—. Pero todavía está vivo así que llamaremos a una ambulancia.

—¡Qué pesado se está poniendo usted! —Gruñó el herido—. No me hace falta ninguna ambulancia... Tome...

De pronto, Grove sé encontró con un papel en las manos.

—Guárdelo... Vale mucho dinero... —oyó decir al sujeto.

Inesperadamente, el moribundo levantó el pie derecho. Myrna se quejó y se agarró la rodilla izquierda con las dos manos, a la vez que empezaba a saltar a la pata coja.

—¡Grosero! Pegar un puntapié a una señorita...

—Dispense... Es que... Verá, cuando uno se está muriendo... los músculos no obedecen...

La voz del hombre se hacía cada vez más débil.

—Guardé... el papel... no lo de a nadie... Es... dinero...

—Oiga, ¿cómo se llama usted? —preguntó Grove.

La única respuesta que recibió fue un resoplido en las narices. Luego, el sujeto se agitó un poco, su cabeza se dobló a un lado y se quedó definitivamente quieto.

Grove apagó el encendedor.

—¿Y qué hacemos ahora? —murmuró desconcertado.

—Largarnos, o nos meterán en un buen lío —dijo ella resueltamente.

—Sí, es lo mejor.

Grove y la joven salieron a la calle.

—Ya vienen —dijo Mahoney en aquel momento, al oír unos pasos que se acercaban por la acera.

Los pasos se oían cada vez más próximos. Miller alzó la mano y se dispuso a descargar el golpe.

Cuando ya bajaba la mano, la silueta de un fornido guardia apareció ante sus ojos. Miller contuvo el golpe, con la cachiporra a cinco centímetros de la gorra del agente, quien se volvió en el acto.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo el policía socarronamente—. No tienen bastante con los pacíficos transeúntes, sino que también quieren robar a un honrado policía, ¿eh?

—Es que... tenía usted una mosca en la gorra y yo me dije: «Voy a ayudar a este amable representante de la ley...».

—Sí, ya veo la mosca —exclamó Mahoney.

De pronto, saltó hacia adelante, asió la gorra del guardia con ambas manos y se la hundió hasta las orejas.

—¡A correr, muchacho! —exclamó.

Los dos ladrones escaparon a la carrera. El guardia, mientras tanto, hacía frenéticos esfuerzos por arrancarse la gorra que,

encasquetada hasta los ojos, le impedía ver en absoluto. Cuando al fin lo consiguió, se encontró solo en la calle.

Miller y su compinche continuaron corriendo, hasta tener la seguridad de que no serían alcanzados. Entonces, maldijeron amargamente su fracaso.

—La chica ha desaparecido —dijo el primero.

—Tendremos que ver al jefe. Seguramente él sabe dónde vive —manifestó Mahoney.

Grove y Myrna se hallaban en aquel momento ante la barra de un bar, en el que eran casi sus únicos clientes. El joven tenía en las manos el papel que le había entregado el muerto.

—¿Entiende usted algo, Myrna? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—Sólo vio una serie de cifras y letras, tan inteligibles para mí como un prospecto de aspirinas en chino —contestó.

—A ver si nos hemos metido en un asunto de espías y agentes secretos —se estremeció Grove.

—Por si acaso, guarde el papel —aconsejó Myrna.

Grove lo dobló y lo metió, en uno de los bolsillos de su chaqueta. Luego miró a la joven y sonrió.

—Mira que confundirla con otra.

—¿Quién es la otra?

—Es lo mismo, ni usted la conoce ni yo he hablado jamás con ella.

—En cambio, el muerto parecía su hermano gemelo.

—Pura casualidad.

—Sí, sólo ha sido una casualidad, Ted.

Minutos después, salían a la calle. Myrna vio la luz de un taxi libre y agitó la mano.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó él ansiosamente.

—Claro.

—Tome, ésta es mi dirección. ¿Dónde vive usted?

—Ya le llamaré por teléfono —dijo Myrna, con la tarjeta de visita de Grove en la mano.

Momentos después, el taxi desaparecía de la vista de Grove.

—Vaya una novecita —suspiró, a la vez que emprendía el camino de regreso a su casa.

Cuando llegó, se desvistió en el acto. Una vez en la cama, repasó

de nuevo el papel. Al final, llegó a una conclusión.

—No entiendo nada en absoluto —murmuró. Y apagó la luz.

Tardó un poco en dormirse. ¿Quién era, se preguntó una y otra vez, el desconocido sujeto que tanto se le parecía? Absurdas historias de dos hermanos gemelos, separados a poco del nacimiento y reunidos muchos años más tarde, en un trágico encuentro, acudieron a su mente. Pero no, sus padres habían sido, y eran, seres normales y no hubieran llevado el segundo gemelo a un orfelinato.

Simplemente, era una casualidad.

* * *

El hombre era fornido, robusto y tenía una frondosa cabellera negra, además de un bigote digno de un granadero. En sus ojos había una chispa indudable de cólera.

—De modo que habéis perdido el tiempo... —dijo mientras sus dedos tabaleaban en la mesa.

—Bueno, jefe, verá, es que... —contestó Miller, muy turbado.

—Ni «verá» ni demonios. Es que sois unos inútiles. Os doy un nombre y una fotografía. Sólo teníais que robarle el bolso... cosa que hace el ladronzuelo más estúpido... y habéis fracasado miserablemente...

—Jefe, lo mejor será que vayamos a su casa. Usted sabe dónde vive. Díganoslo y tendrá lo que desea.

El bigotudo pareció considerar la proposición unos momentos. Al fin, dijo:

—Está bien. Mañana os daré la dirección. Ahora, dejadme solo; espero una visita muy importante.

Miller y Mahoney se marcharon, satisfechos en el fondo de haber salido tan bien librados. Ambos sabían que su jefe tenía muy malas pulgas y hasta se encontraron sorprendidos de su inesperada mansedumbre.

Minutos más tarde, el hombre del bigote recibía una visita.

—Listo —dijo.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Qué te ha dicho?

—Ah, pero ¿es que tenía que decirme algo?

—Entonces, ¿no te ha dicho nada?

—No sabía que tuviera que decirme nada, jefe. Usted no me dijo que él debía decirme algo; sólo me dijo que...

—¡Ya sé lo que te dije y sé también que no me escuchaste! —tronó el del bigote—. Roy, eres un perfecto inútil.

—Al meaos no he fallado, como Hartland.

—Ése tampoco fallaba. Lo que sucede es que tuvo un accidente.

—Porque le falló el fusil y eso significa que no era cuidadoso con su herramienta de trabajo. En cambio, yo... ¡Mire!

El visitante metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un revólver con silenciador.

—Jamás fallo —aseguró, muy orgulloso, en el mismo instante en que salía la bala y destrozaba el pie de la pantalla de sobremesa, que era de cerámica.

La luz se apagó inmediatamente.

—¡Un cortocircuito! —dijo el visitante, estupefacto.

—¡Guarda ese chisme! —chilló el del bigote—. ¡Has estado a punto de matarme, animal!

—Bu... bueno, habrá que buscar el cuadro... Los fusibles han saltado...

—Si esto sigue así, el que voy a saltar soy yo. ¡Vete... Vete, maldito imbécil!

—Sí, jefe, sí, volveré mañana...

El visitante se marchó, pero, al no ver nada, tropezó con un sillón, que se volcó sobre la mesita de licores. Hubo un terrible estrépito. El hombre del bigote se tapó los ojos.

—No quiero verlo, no quiero verlo —gimió.

Más tarde, el hombre del bigote, ya con los fusibles reparados, contempló los destrozos causados en su despacho. Casi estuvo a punto de llorar.

Al cabo de unos minutos, salió y subió al piso superior de la casa, donde estaba el dormitorio. Abrió la puerta y la mujer, que estaba sentada en la cama, con una revista en una mano y una caja de bombones al alcance de la otra, lanzó un agudo chillido.

—¡Socorro! ¡Policía! ¡Ladrones!

—¡Calla, pedazo de estúpida! Soy yo... —dijo el hombre del bigote, malhumorado consigo mismo porque había olvidado un

detalle muy importante.

La mujer se llevó una mano al seno.

—Dios mío, qué susto tan horrible me has dado. Si no fuese por tu voz, no te reconocería, Daddy.

—Pues soy yo... —dijo el hombre, mientras forcejeaba para arrancarse la máscara.

—La verdad, no entiendo por qué has de disfrazarte de un modo tan ridículo —se quejó ella—. Tu cara me gustó siempre.

—Hay ciertos negocios que tú no entiendes. No quiero que me reconozcan, ¿comprendes? ¡Maldita máscara!

El hombre seguía forcejeando, sin conseguir el menor resultado. Ella le contemplaba, un tanto divertida.

—O te ha crecido la cabeza o te han hecho la máscara demasiado pequeña —comentó burlonamente.

—Maldita sea... Effie, ven a ayudarme —rugió Daddy.

—Está bien, está bien...

Effie se levantó resignadamente y fue hacia Daddy, quien se inclinó un poco hacia adelante.

—Tira ya... ¡De las orejas no, bestia! ¿Quieres arrancármelas? ¡Del pelo, estúpida!

—Jesús, qué genio de hombre... Lo que tiene que aguantar una... A ver, aguanta la respiración.

—Pero ¿qué diablos tiene que ver la respiración con...? ¿Es que piensas que llevo la máscara encajada en el tórax?

—No, pero me echas el aliento y hueles a ajo que apesta.

Daddy apretó los labios, conteniéndose con enormes dificultades para no soltar una retahíla de tacos. Effie, con las dos manos en la pelambrera de la máscara, tiraba hacia atrás con todas sus fuerzas.

De repente, la máscara cedió.

Effie salió disparada hacia atrás. La ventana estaba apenas a cuatro pasos de distancia, abierta a causa del calor del verano. Chocó contra el antepecho y volteó hacia atrás.

—¡Que me mato! —gritó.

Daddy corrió hacia ella, pero llegó tarde. Effie saltó al vacío, pero tuvo la buena fortuna de caer sobre el toldo de una gran hamaca de balancín, de donde rebotó aparatosamente, para ir a zambullirse en la cercana piscina, con gran alboroto de espumas.

Asomado a la ventana, Daddy, sin poder contenerse, olvidó

súbitamente su malhumor y empezó a reír como un loco. Rió hasta que le saltaron las lágrimas y los costados empezaron a dolerle. Effie, en cambio, agarrada al borde de la piscina, lloraba de rabia.

CAPÍTULO III

Por la mañana, cuando leyó el periódico, Ted Grove dio un salto en su asiento.

Luego se tentó el cuerpo con ambas manos.

—Soy yo... estoy vivo... vivo...

Su asombro tenía unas razones muy lógicas. El periódico traía en primera plana la fotografía de un hombre que se le parecía tanto como una gota de agua a otra gota.

Era el muerto a quien había visto la víspera en un portal. Su nombre era Sandy Coleman, notorio delincuente y hampón, de quien se sospechaba había sido asesinado por un «ajuste de cuentas».

Naturalmente, la policía ignoraba el nombre del asesino y un portavoz oficial había declarado que había una buena pista para encontrar al autor de tan reprochable hecho. Grove, por su parte, se sentía pasmado de que hubiese existido en alguna ocasión un hombre con tan asombroso parecido físico.

Lo curioso del caso era que Coleman le había entregando un papel, con lo que a él le parecían unos signos cabalísticos. Después de leer todas las noticias referentes al asunto, buscó el papel y se sentó en su escritorio.

Durante unos minutos, trató de hallar algún significado a aquella colección de letras y cifras. Como algunas de ellas le pareciesen dudosas, sacó una cuartilla de papel y repitió el extraño mensaje, utilizando un rotulador, ya que hacía letras y cifras de un tamaño superior. Luego, reclinándose en el sillón, volvió a estudiar lo que había escrito.

Media hora más tarde llegó a una conclusión.

—No entiendo absolutamente nada —exclamó.

Entonces sonó el teléfono.

—Grove —dijo, después de levantar el aparato.

—¡Gracias a Dios! —Sonó una voz femenina.

—Gracias le sean dadas todos los días —exclamó él—. ¿Por qué dice eso, Myrna?

—Acabo de leer el periódico. El parecido es sorprendente. ¿De veras no tuvo usted ningún hermano gemelo?

—Myrna, si yo hubiese tenido un hermano gemelo, ya lo sabría.

—Pudieron separarlos cuando tenían pocos meses...

—Vamos, vamos, ya le dije anoche que mis padres son seres felizmente normales y sin problemas de herencia. A veces pasan esas cosas; existen parecidos tan similares, que la gente llega a creer en un posible parentesco. Y a usted, ¿no le pasó algo por el estilo?

—Yo tampoco tengo ninguna hermana gemela.

—Ni la ha tenido.

—Pero ¿qué cosas está diciendo?

—Bueno, en todo caso, usted no habría tenido la culpa...

—Bien, dejemos esto. El muerto se llamaba Coleman y le dio a usted un papel. ¿Ha sacado algo en limpio?

—No, nada. Para mí es chino.

—Hay algo extraño en ese mensaje... Por ejemplo, el primer grupo de letras y cifras. J. R. N. 14 — 887. ¿Qué opina usted?

—Estoy mudo de asombro.

—Asombro, ¿por qué?

—¿Copió usted el mensaje?

Myrna se echó a reír.

—Oh, no. Simplemente, tengo una memoria fotográfica. Leí un par de veces el papel, mientras estábamos en el bar. Podría reproducirlo íntegro, Ted.

—Me siento pasmado. Mujer, ¿qué hace ahí? ¿Por qué no se ha contratado ya en un circo?

—Gracias, no me gustaría. Siempre yendo de un lado para otro...

—Estable, ¿eh?

—Bastante, aunque no me disgustaría viajar de cuando en cuando. Pero volviendo siempre a la base de partida.

—No está mal pensado. Viajar ilustra, Myrna.

—Bueno, ya que habla de viajar, ¿por qué no viaja esta tarde

hasta el Red Pine? Está en la Décima Avenida, mil setecientos cincuenta y dos. ¿A las seis?

—A las seis, Myrna.

—Mientras tanto, yo exprimiré mi cerebro, a ver si consigo averiguar qué significa ese mensaje.

—Asunto de espías. —Dijo él.

—No me ponga la carne de gallina, por favor —rió la muchacha. Y colgó.

Grove se sentía muy satisfecho. Pero de repente pensó que Myrna también se parecía extraordinariamente a una mujer muy hermosa, a la cual conocía solamente de vista.

De pronto, se dijo que sería cosa de averiguar la identidad de la mujer a la cual había salvado la vida dos días antes. Pero tampoco corría demasiada prisa.

Sin embargo, fue a la ventana y utilizó los prismáticos unos momentos. La sala de juntas estaba vacía.

—Ya miraré otro rato —murmuró.

Hasta aquel momento, había estado vestido solamente con el pijama y la bata. Al levantarse, había tomado un café simplemente. Ahora se dijo que debía arreglarse y se fue al cuarto de baño.

Media hora más tarde, salió en calzoncillos, con una toalla sobre la cara recién afeitada. Entonces vio a dos sujetos en el escritorio.

—Eh, ¿qué hacen aquí? —preguntó.

Uno de los intrusos le enseñó su pistola.

—Ya nos íbamos —sonrió.

—Dispense las molestias —dijo el otro, muy cortés.

Todavía con la toalla sobre el rostro, Grove estudió detenidamente a los dos sujetos. No, no eran los que habían intentado robar el bolso a Myrna.

—Soy un hombre pobre —declaró.

—Tiene usted algo que vale más que todos los tesoros del mundo: salud y juventud —dijo el primero que había hablado—. Vamos, tú.

Los dos hombres desaparecieron por la puerta. Grove quedó inmóvil en el mismo sitio. Segundos después, los vio salir de nuevo.

—Podían poner puertas distintas en la cocina y en el piso —gruñó uno de los sujetos.

—Si quieren expresar su queja por escrito, yo se la pasaré al

administrador —dijo Grove.

Esta vez no hubo ya respuesta. Al quedarse solo, Grove corrió hacia la ventana y miró hacia abajo.

Una extraña sonrisa apareció en sus labios. Silbando alegremente, fue primero al escritorio. Sí, el mensaje que le había entregado Coleman había desaparecido. La copia, sin embargo, estaba en el bolsillo superior de la chaqueta de su pijama.

Y por si fuese poco, todavía quedaba la fenomenal memoria de Myrna.

* * *

El Red Pine era un lugar muy acogedor, de muebles confortables y abundante tapicería en rojo oscuro. Los *barmen* y vestían con sobria elegancia, no eran de la clase de tipos que Grove había visto en otros locales, vestidos con sucias chaquetillas blancas y botones dorados sin brillo. Allí, *barmen* y camareros vestían impecablemente, sin estridencias, pero muy elegantes todos.

Grove atisbo el mostrador, de madera oscura y cuero rojo. Sí, aquella hermosa chica rubia era Myrna. Un poco audaz le pareció su vestido, aunque dada la hora parecía recomendable llevarlo puesto.

El ambiente era cálido y discreto y apenas se oían voces. Grove se acercó a la barra y tomó asiento junto a la joven.

—Hola, Myrna —dijo.

Ella se volvió y le dirigió una mirada helada.

—¿Cómo ha dicho?

Grove respingó.

—Exactamente he dicho: «¡Hola, Myrna!». Oiga, está guapísima...

Uno de los *barmen* se acercó de pronto.

—Señora Doniphan, al teléfono, por favor. Cabina número dos.

—Gracias, Lew.

La mujer se levantó y se marchó sin conceder una mirada al aturdido Grove, quien la vio desaparecer por la puerta que daba a los servicios. Entonces, el barman se inclinó hacia él.

—¿Qué va a tomar el señor?

—*Whisky*. Doble, por favor.

—Al momento, señor.

El barman se alejó para volver a los pocos segundos. Grove puso sobre el mostrador un par de billetes.

—Amigo, ¿quién era la dama que acaba de marcharse? —preguntó.

—Helen Doniphan, señor. —El mozo hizo desaparecer los billetes—. La dueña del local —bisbiseó.

—Oh, muchas gracias —dijo Grove en el tono más natural que pudo encontrar.

Un hombre se sentó de pronto a su lado y pidió de beber. El barman le atendió y luego se alejó. Entonces, Grove sintió que le ponían algo sobre el muslo izquierdo.

En el primer momento, pensó algo turbio por parte del sujeto que tenía a su lado. Casi en el mismo instante oyó su voz, en tonos muy bajos:

—Tome, ahí tiene lo convenido. Envíemelo pronto.

—Pero...

—Soy R. T. 25 — 1294. Eso debe ser suficiente para usted.

El hombre se marchó antes de que Grove pudiera decir nada, tan asombrado se sentía. Una cosa era cierta: la clave que acababan de darle correspondía exactamente con uno de los grupos de cifras y letras contenidos en el mensaje.

Empezó a impacientarse. Myrna no daba señales de vida y Helen Doniphan parecía muy entretenida con el teléfono. El objeto que le había entregado aquel sujeto parecía una carta muy gruesa, aunque no tenía sobre, sino que, cualesquiera que fuesen los documentos que contenían, estaban envueltos en papel fuerte, sujeto con tiras de adhesivo.

El paquete, sin embargo, cabía en el bolsillo interior de su chaqueta y lo guardó. Al cabo de unos momentos, frustrado e impaciente, se levantó y encaminó sus pasos hacia los servicios.

Había un vestíbulo con cuatro cabinas telefónicas. Las cuatro, sin embargo, estaban desiertas.

Grove lanzó una mirada hacia la puerta que daba a los lavabos de señoras. Giró la cabeza un par de veces y luego, disponiéndose a lo peor, abrió la puerta.

Allí no había nadie tampoco ni se oía correr el agua por ninguno de los cubículos. Se retiró precipitadamente y volvió a la sala.

Cuando llegó a la sala, pidió su segundo doble *whisky*. Sentada en un taburete, vio a una morena, con lentes color azul claro, muy ocupada, al parecer, en su martini.

—Cuidado, Ted, no abuses del alcohol —dijo la morena.

Grove volvió la cabeza. Ella, precipitadamente, añadió:

—Pórtese con naturalidad, hombre. He tenido que disfrazarme, porque creo que me seguían.

—Diablos. —Grove hizo una mueca—. Está desconocida, Myrna.

—Tuve que meterme en unos grandes almacenes. Creo que me siguieron hasta allí, pero no se atrevieron a llegar hasta los probadores de ropa de señora. Compré una peluca y estas gafas de color..., aunque al salir ya no los vi por ninguna parte.

—Entonces, ése es el motivo de su retraso.

—Sí, pero ya estoy aquí. Cuando salgamos, si veo que no me siguen, me quitaré la peluca y las gafas.

—Siga, siga como está. De lo contrario, voy a creer que me he emborrachado de veras y que veo las cosas dobles.

—¿Ha bebido mucho ya?

—Antes de beber, ya había visto a su hermana gemela.

—¡Ted! No se burle de mí —protestó ella.

—Hablo en serio. Usted y la señora Doniphan, propietaria de este local, tienen un parecido asombroso. Oiga, estoy viendo una mesa libre. ¿Por qué no vamos allí, teniendo en cuenta que está situada en un rincón muy discreto?

—De acuerdo.

Una vez sentados, hicieron les trajeran bebidas. Cuando el camarero hubo servido el pedido, Grove dijo:

—Myrna, ¿le recuerda algo la clave R. T. 25 – 1294?

Ella dio un pequeño salto en su asiento.

—Es una de las del grupo del mensaje...

—Y se refiere a una persona. Un hombre. He hablado con él.

—¡Sorprendente, Ted!

—Auténtico. Es más, me ha dado una carta o algo por el estilo. ¿Quiere que la abramos?

—Sí, sí, por favor.

Discretamente, Grove sacó el paquete y lo situó sobre sus piernas, de modo que quedase oculto por la mesa. Rasgó el papel de un tirón y dejó su contenido al descubierto.

Durante unos segundos, Grove y Myrna permanecieron atónitos, incapaces de reaccionar. Grove tenía los ojos fijos en el paquete de billetes de Banco, de cien dólares cada uno.

—Debe haber lo menos cien billetes —musitó.

—Diez mil dólares —dijo ella.

—Sí.

Grove guardó el paquete nuevamente.

—Hoy he tenido una visita.

—¿Quién era?

—No lo sé. Eran dos y vinieron directamente a por el mensaje que me dio Coleman.

—Y se lo llevaron.

—En efecto.

—Por fortuna, tengo buena memoria.

—Y, por fortuna, yo había hecho una copia —sonrió Grove.

Myrna sonrió también. Luego, de pronto, se puso seria.

—Ted, ¿en qué jaleo nos hemos metido, sin buscarlo?

Grove suspiró largamente.

—Eso es algo que también a mí me gustaría saber —dijo.

CAPÍTULO IV

Cuando salían del Red Pine, todavía sin haber resuelto una mínima parte del enigma, se cruzaron, sin concederle ninguna importancia, con un sujeto, en cuyo rostro apareció de pronto una enorme expresión de asombro. Roy Kennen miró un instante a la pareja, y luego, con paso rápido, se dirigió hacia los servicios.

Instantes después, tenía el teléfono en la mano.

—¡Jefe, he visto a Sandy Coleman! —exclamó.

—Imbécil, Sandy está muerto... Lo dicen todos los periódicos...

—Debieron de confundirse con alguien que se le parecía mucho.

Acabo de cruzarme con él, cuando entraba en el Red Pine...

—Si eso es cierto, ¿quién fue el presuntuoso que dijo no fallaría como Hartland?

Kennen sacó el pecho.

—Déjelo de mi cuenta, jefe —dijo orgullosamente.

Colgó y salió de nuevo a la calle. Allá a lo lejos, se veían las siluetas de un hombre y una mujer, que caminaban con las manos unidas.

La pareja alcanzó de pronto una zona débilmente iluminada. Kennen vio que se abrazaban estrechamente y unían sus bocas. Era la ocasión, se dijo.

Caminó con paso natural. Cuando llegó a la altura de la pareja, tocó en el brazo del hombre, a fin de hacerle separarse un poco de su pareja. Entonces, apretaría el gatillo y...

El hombre, efectivamente, se volvió. Y no era Coleman, sino un sujeto con un enorme bigote, el cual, sin pronunciar una sola palabra, arreó un terrible guantazo a Kennen, quien cayó a los pies por alto, aunque sin haber perdido por completo el conocimiento.

Tendido en el suelo, Kennen movió la cabeza. El hombre y la

mujer se alejaban discutiendo ásperamente.

—Creí que habías dicho que ya no tenías nada que ver con Duke Slattery... —se quejó él coléricamente.

—¡Billy, pero si ése no era Slattery! —contestó ella.

Kennen se levantó, terriblemente frustrado. ¿Dónde diablos se había metido la otra pareja?

De pronto los vio al otro lado de la calle. Sí, ahora estaba seguro, no podía equivocarse. Se estiró maquinalmente los faldones de la chaqueta y rompió la marcha con paso rápido, aunque no demasiado ostentoso, a fin de no llamar la atención de la gente.

Ajenos a que eran seguidos, Grove y Myrna caminaban por la acera, sin prisas, discutiendo las posibles implicaciones del caso. Ninguno de los dos se dio cuenta de que, a unos cincuenta metros, había dos hombres escondidos en un callejón.

—Bueno, ella nos dio esquinazo, pero ahí la tenemos —dijo uno de los individuos.

—Yo me encargaré del hombre, ¿estamos? —murmuró el otro.

Probó complacido la cachiporra. Un simple golpecito bastaría.

Kennen aceleró el paso. Dispararía al llegar junto al callejón. En aquellos momentos, la circulación de transeúntes era casi nula.

—Myrna, ¿quieres fumar? —invitó Grove.

—Ahora no me apetece, muchas gracias, Ted.

Grove se puso un cigarrillo en la boca. Luego sacó el encendedor, que se le cayó al suelo, cuando ya había rebasado la esquina.

Kennen se acercaba en aquel mismo instante. Grove se había retrasado un par de pasos, a fin de encender el cigarrillo. Myrna se adelantó un poco, justo cuando Kennen sacaba la pistola y apretaba el gatillo.

La bala rozó los hombros de Grove y se hundió en el pecho de alguien que tenía la mano levantada. Kennen dio media vuelta en el acto y echó a correr hacia atrás.

Grove se incorporó, muy sorprendido. Miró hacia su derecha, porque había oído un ruido muy raro y sólo vio a un hombre que se tambaleaba como si estuviera borracho.

A sus espaldas, otro tipo corría que se las pelaba. Myrna se le acercó presurosamente.

—¿Qué pasa, Ted? —preguntó.

—Nada, un borracho...

El hombre de la matraca estaba solo. Había visto al asesino disparar y juzgó lo más conveniente poner pies en polvorosa, dejando solo a su compinche. Grove agarró el brazo de Myrna.

—Será mejor que continuemos —dijo.

Detrás de ellos, un hombre se sentó en el suelo y expiró.

A lo lejos, Kennen maldecía profusamente. ¿Era aquel hombre invulnerable a las balas?

* * *

Por la mañana, Myrna llamó a Grove.

—Ted, ¿ha pensado qué va a hacer con el dinero? —preguntó.

—De momento, lo guardaré. Aparte de que no es mío, tengo la impresión de que es dinero de procedencia más que dudosa.

—Sí, eso mismo pienso yo, Ted, se me ha ocurrido una idea...

—¿Buena?

—No se la quiero decir todavía —contestó ella—. Antes de hacer nada, quiero comprobarla.

—Muy bien.

—Le llamaré más tarde.

—Conforme, Myrna.

Grove colgó el teléfono y se fue a la habitación delantera. Buscó una cómoda butaca y se situó delante de la ventana, con los prismáticos en la mano.

Permaneció todo el día sin obtener el menor resultado. En la sala de juntas no apareció nadie. Helen Doniphan no hizo acto de presencia en ningún momento.

Al atardecer, cansado de esperar, decidió bajar a un puesto de periódicos cercano, a fin de comprar los diarios de la tarde y algunas revistas, con el fin de entretenerse. Cuando estaba abonando el importe de la compra, se le acercó un individuo elegantemente vestido.

—Soy C.J. J. 3 - 607 —dijo en voz alta—. Tome y no me moleste más, por todos los diablos.

Y antes de que el asombrado Grove pudiera formular la menor objeción, el hombre le entregó un paquete y corrió hacia el automóvil estacionado junto a la acera. Segundos más tarde, el

coche arrancaba a toda velocidad.

La mano izquierda de Grove se cerró con fuerza en torno al paquete. Sin necesidad de abrirlo, supo que contenía una elevada suma de dinero.

Cinco minutos más tarde, ya en casa, tenía ante sus ojos cien billetes de a cien dólares.

—¡Otros diez mil! —resopló.

En aquel instante, sonó el teléfono.

Era Myrna.

—¡Ted, ya tengo la solución! —exclamó.

—¡Magnífico! ¿Cuál es?

—Me gustaría que fuésemos juntos... ¿Puedo pasar a recogerle con mi coche?

—Por supuesto.

—Tardaré sólo quince minutos, Ted, Espéreme en la puerta.

—Conforme. Ah, oiga, Myrna, ¿sabe que acaban de entregarme otros diez mil dólares?

—¿Cómo dice? —se asombró ella.

—Diez mil «pavos», así como suena. La clave que me dio corresponde a una de las contenidas en el mensaje de Coleman.

—Ted, ¿en qué jaleo nos hemos metido?

—Si quiere, lo dejamos. ¿Se ha enterado de que el borracho del callejón de anoche ha muerto?

—¿Quiere decir...?

—Quiero decir que si se tambaleaba no era porque tuviese unas copas de más, sino porque le habían pegado un tiro. ¿No recuerda el tipo que escapó a la carrera?

—Pero yo no oí ningún disparo, Ted.

—Myrna, hay silenciadores.

—Oh, comprendo. —Ella hizo una leve pausa—. Bueno, seguiremos hablando en el coche. No me haga esperar.

—Descuide.

Grove volvió, a envolver el dinero y lo guardó en el mismo sitio que había guardado los que le entregaron la víspera. Cuando salía de casa, murmuró:

—Si esto sigue así, voy a hacerme rico.

El coche se detuvo un instante junto a la acera, el tiempo justo para que Grove pudiera sentarse al lado de su bella conductora. Myrna arrancó de nuevo.

—Sé el significado de las claves —dijo.

—Bien, adelante —invitó Grove, mientras se ponía un cigarrillo en la boca.

—Por supuesto, las letras corresponden a iniciales de personas. Ahora bien, habrá podido fijarse que, a cada grupo de letras, siguen dos grupos de cifras. Tomemos, por ejemplo, el primero:

J. R. N.

14 — 887. Entonces, las cifras representan su dirección.

—¿Su... dirección?

—Sí. Espere y déjeme hablar, hombre. He tomado un plano de la ciudad. Emporia Falls es una población relativamente moderna, por lo que el trazado de sus calles es rígidamente recto. Más anchas unas que otras, más largas, mayor anchura de manzanas..., pero las calles se entrecruzan perpendicularmente. Y fíjese que no hay ninguna numerada. Todas tienen sus nombres.

—Lo sé, Myrna.

—Muy bien, en tal caso, tenemos que el primer grupo de cifras representa la calle número catorce, que sigue la dirección norte-sur. Hay otros grupos de cifras, terminados en cifra impar, y son calles transversales, es decir, que van de este a oeste. Por tanto, se creería que el número siguiente es el correspondiente al domicilio de la persona mencionada por sus iniciales, pero no es así.

—¿Que no es...? —se asombró Grove—. Entonces, ¿qué significa esa cifra?

—Creo que no me he explicado correctamente —sonrió la muchacha—. Hay que estudiar el plano detenidamente, un plano muy grande y con todos los detalles, que es lo que yo he hecho, y entonces, por ejemplo, en la calle número catorce, contar ochocientos ochenta y siete viviendas o edificios, desde el extremo norte, o sea, donde acaba la calle. O empieza, según se mire. Ahora bien, la calle catorce de la clave, que corresponde a Green Stone, tiene una numeración total de dos mil seiscientas quince viviendas, contando tanto las de una acera como las de la otra.

»Entonces, hay que contar a la inversa, es decir, tomar por la acera de los pares, ya que el número ochocientos ochenta y siete es

impar y, además, empezar de sur a norte. Entonces, tenemos que J. R. N.

vive en Green Stone, número seiscientos cincuenta y dos, que correspondería al ochocientos ochenta y siete, contado de la forma que le he explicado. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, salvo que usted ha podido equivocarse y hallar una dirección errónea.

Myrna sonrió con aire satisfecho.

—Lo dudo mucho, Ted, porque las iniciales

J. R. N.

corresponden exactamente a la persona que vive en el seiscientos cincuenta y dos de la calle Green Stone. Es decir, esa persona, varón, por más señas, se llama James Rutherford Norman.

Grove abrió la boca.

Y en toda la calle Green Stone no hay otra persona más con dichas iniciales, lo cual significa que Norman es el individuo a quien buscamos.

—¿Y por qué lo buscamos, Myrna?

Ella guardó silencio unos instantes.

—A decir verdad, no lo sé —contestó al cabo—. Pero quizá él nos diga algo.

—Veremos —dudó Grove.

De pronto, Myrna detuvo el coche y exclamó:

—¡Aquí es, Ted!

* * *

El coche se detuvo frente a una residencia de una sola planta, situada a veinte metros de la acera y rodeada por un pequeño jardín, abundante en césped, con algunos macizos de flores y cuatro o cinco árboles. El aspecto del edificio indicaba que su dueño era hombre de próspera posición económica.

Las luces estaban apagadas. La puerta del garaje, que formaba parte del edificio, aparecía cerrada.

—Norman no debe de estar en casa —supuso Grove.

Myrna abrió la portezuela del coche.

—Bueno, vamos a comprobarlo —dijo.

Grove suspiró y se apeó también. Caminaron por el encintado

que conducía al garaje y luego se desviaron hacia la derecha, hasta llegar al pequeño porche que protegía la entrada principal.

Myrna apretó el botón de llamada, pero no contestó nadie.

—Será mejor que demos la vuelta. Quizá están en la cocina —dijo.

Grove siguió a la muchacha. Las luces posteriores aparecían igualmente apagadas.

Ella frunció el ceño. De pronto, asió el picaporte de la puerta y lo hizo girar.

—Cuidado, vamos a cometer una violación de domicilio —advirtió él.

—Ya lo sé, pero no nos van a meter en la cárcel, supongo.

—No esté tan segura...

Ella ya no le hacía caso. Había entrado en la casa y buscaba el interruptor de la luz. Cuando lo encontró, las tinieblas desaparecieron en el acto.

—Bueno, esto ya es otra cosa —sonrió.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Myrna atravesó la cocina y llegó a una confortable sala, en donde había un hombre sentado en un butacón con orejeras.

El hombre parecía dormido, con la cabeza apoyada en una de las orejeras. Grove lo contempló unos instantes y luego dijo:

—¡Mi segundo hermano gemelo!

Myrna tenía la mano sobre la boca.

—Si no lo tuviera a mi lado, diría que ese hombre es usted —exclamó.

De pronto, se acercó al sillón y zarandeó al durmiente.

—Oiga, ¿es usted el señor Norman?

El durmiente no contestó. Lentamente, se deslizó al suelo, dio una vuelta sobre sí mismo y quedó de bruces. Entonces, Grove y Myrna pudieron ver el puñal que sobresalía del centro de su espalda.

CAPÍTULO V

Las manos de Myrna temblaban todavía cuando se llevó a los labios una taza de café, en un bar situado a buena distancia del lugar del crimen.

—No lo comprendo, no lo comprendo —murmuró.

—Pues imagínese cómo estoy yo. He visto morir ya a dos «hermanos gemelos» míos... ¡y le juro que en la casa de los Grove no hubo jamás trillizos!

De súbito, Grove chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —añadió, vivamente excitado.

Myrna pareció reponerse un tanto.

—¿Ha encontrado una solución?

—En parte —contestó él—. Dos tipos, cuya clave correspondiente está mencionada en el mensaje que me entregó Coleman, me han dado sendos paquetes que contenían diez mil dólares cada uno. Ahora bien, si se trata de un chantaje, puede ser que Norman se negase a pagar, por lo que el chantajista juzgó conveniente liquidarlo.

—Y así dar un escarmiento a posibles morosos.

—Exactamente, Myrna.

—Lo que resultaría interesante es conocer los motivos del chantaje, Ted.

—Eso sólo una persona podía decirlo y ya está muerta.

—Sí, Coleman —murmuró ella pensativamente—. Pero no actuaba por propia iniciativa, supongo.

—Usted quiere decir que trabajaba para otro.

—O tal vez formaban sociedad... y alguien, harto de chantajes, le pegó un tiro.

—También puede suceder que haya rivalidad entre dos bandas

de chantajistas.

—Es posible, en efecto. Si tenemos en cuenta que, en dos días, ha recibido ya veinte mil dólares, podremos especular sobre la probabilidad de que se trate de un asunto de gran envergadura. ¿No le dijo el último algo así como que no le molestase más?

—Sí, desde luego.

Myrna abrió su bolso y extrajo una libreta.

—He trabajado durante todo el día —manifestó—. El último que le dio el dinero es Charles J. Jayne. Y su dirección corresponde en un todo con la clave que figura en el mensaje.

—¿Quiere decirme que debemos ir a verle?

Myrna miró fijamente al joven.

—Sería conveniente, aunque antes debería hacer una cosa —respondió.

—¿Qué es, muchacha?

—Tiene que ponerse un bigote postizo. Ya han muerto dos de sus «gemelos»...

Grove protestó con vehemencia.

—¡Ni lo sueñe! Detesto el bigote. Me gusta mi cara como está —dijo.

—Muy bien, como quiera. De todos modos, hoy no me siento con ánimos de hablar con nadie.

Grove dejó unas monedas sobre la mesa y se puso en pie.

—Iremos mañana —aseguró.

Salieron a la calle de nuevo. Grove empezó a pensar en la conveniencia de ir al Red Pine, a fin de intentar entablar contacto con Helen Doniphan.

Pero iría solo, sin decir nada a la muchacha. Myrna no se había disfrazado y no quería provocar un encuentro que podía traer luego perniciosas consecuencias.

Tras separarse de la muchacha, tomó un taxi y se hizo llevar al Red Pine. Fue un viaje inútil, porque Helen Doniphan no se hizo visible en el resto de la noche.

* * *

El índice de Daddy se apoyó violentamente sobre el periódico que tenía encima de la mesa.

—¡Ahí está! —tronó—. Tú no fallas nunca, no eres como Hartland..., pero el que murió es un tipo llamado Ken Hopkins. ¿Me quieres decir por qué tuviste que liquidar a un fulano a quien no conocías?

Kennen bajó la mirada.

—Bueno, yo disparé..., pero en aquel momento, el tipo se agachaba para recuperar el encendedor que se le había caído...

—Y ya no intentaste repetir el disparo.

—Hopkins no estaba solo, me pareció, así que me largué y... ¡Pero le juro que la próxima vez no le fallaré, jefe!

—El que no fallará seré yo, porque ya no saldrás vivo de esta casa. ¿Has entendido? Y ahora, lárgate o...

La campanilla de la entrada sonó en aquel mismo momento. Daddy se puso en pie vivamente.

—Sube al primer piso y escóndete, que no te vean —dijo con precipitación—. Ya te avisaré cuándo debes marcharte.

—Sí, señor.

Kennen corrió al piso superior. Había varias puertas y, tras una ligera vacilación, abrió una de ellas. Pasó al interior, antes de darse cuenta de que se había metido en un cuarto de baño.

El agua salía de la ducha en funcionamiento. Kennen buscó con la vista y encontró una toalla, con la que se acercó a la mampara de cristal que cubría la bañera. Un brazo de piel muy blanca y contornos perfectos, asomó por el hueco.

—Daddy, te encuentro muy extraño —dijo la mujer—. Otras veces te gusta mirar. ¿Es que ya no me encuentras atractiva?

—Se... señora... No soy su esposo...

Effie lanzó un gritito y se asomó por uno de los borde de la mampara.

—¿Qué hace usted aquí, insolente?

—Señora, por favor, no grite. Su esposo me dio orden de esconderme para que no me vieran...

Effie contempló el rostro lleno de cicatrices de viruelas del intruso y sonrió sarcásticamente.

—Viéndole esa cara, se comprende —dijo—. ¿Usted también tiene negocios con mi esposo?

—Sí... sí, señora...

—¿Qué clase de negocios?

—Bueno, llevo mensajes privados...

—Ah, ya... Cartitas para fulanas, ¿eh?

—Oh, no, señora; su esposo le es muy fiel —dijo Kennen.

—Muy fiel —repitió ella—. Ahora me va a escuchar...

Effie abandonó la bañera, envuelta en la toalla, y cruzó el cuarto de baño. Abrió la puerta y, sin cuidarse de la manchas de humedad que dejaba con sus pies descalzos, bajó a la carrera a la planta baja. Al llegar al despacho, abrió de golpe.

—¡Daddy! —chilló.

Daddy estaba con dos hombres y se puso en pie de un sallo.

—¡Effie, vuelve arriba! —bramó.

—Antes tienes que explicarme...

—¡No quiero explicarte nada! Tú eres la que me debes explicaciones por presentarte aquí de esa forma.

Entonces, Effie se dio cuenta de que la toalla estaba caída en el suelo y se agachó precipitadamente para recogerla y cubrir su desnudez. Junto a la mesa de trabajo, Miller y Mahoney sonreían socarronamente.

—¡Sube a tu cuarto! —aulló Daddy.

Effie, roja de vergüenza, echó a correr escaleras arriba. Daddy golpeó la mesa con el puño.

—¡Estoy rodeado de imbéciles! —gritó descompuestamente—. Una cosa tan sencilla como la que os encargué...

—Todavía no hemos conseguido dar con él, jefe —se disculpó Mahoney.

—Lo encontraremos, descuide —añadió el otro.

Daddy extendió el brazo majestuosamente.

—¡Fuera de aquí! —bramó—. No quiero veros hasta que me traigáis el mensaje de Coleman, ¿entendido?

—Está bien, pero ¿qué hacemos si se resiste, jefe?

—Ésa es una pregunta superflua.

Mahoney sacó el pecho.

—Es todo lo que necesitamos —dijo—. ¡Vamos, tú!

Daddy se quedó solo. Todavía tenía que despedir a Kennen, pero eso no era lo peor. Pensando en lo que tendría que padecer para quitarse la máscara, empezó a sudar. Un día, se dijo, iría a ver al artista que se la había fabricado y le ajustaría las cuentas.

La sala de juntas permanecía obstinadamente desierta. Myrna no le había llamado en todo el día. Grove, hastiado, decidió actuar por su cuenta.

Había recordado algo que podía serle útil. Al salir de casa, tomó un taxi y le ordenó lo llevase al Red Pine.

Con aire intrascendente, tomó una copa en la barra. Luego, abonó la cuenta y se dirigió a los servicios.

Helen Doniphan había desaparecido misteriosamente aquella noche. En teoría era imposible..., pero así había sucedido. ¿No le habían indicado que tenía una llamada en la cabina número dos?

Entró en la cabina y cerró la puerta vidriera. Con el teléfono en la mano, empezó a mirar por todas partes, buscando el menor detalle que le permitiera confirmar sus sospechas.

Tocó en varios sitios, sin obtener respuesta a sus esfuerzos. De repente, se le ocurrió agarrar con una mano la repisa que había bajo el teléfono.

Tiró hacia sí, pero no ocurrió nada. Entonces, hizo presión hacia adelante.

El fondo de la cabina giró silenciosamente, Grove estuvo a punto de gritar de alegría.

Ya había adivinado el truco. Divisó una escalera, que debía conducir sin duda a una habitación secreta, situada en la planta superior, pero no se atrevió a seguir adelante.

Myrna tenía que verlo, se dijo. Tiró de la repisa y la pared volvió a adoptar su posición normal.

Salió de nuevo. Helen Doniphan estaba en la barra.

Sí, se parecía extraordinariamente a Myrna, pero un examen más detenido de su fisonomía indicaba que la edad de Helen era superior en siete u ocho años. De todos modos, tenía una silueta abundante en encantos físicos.

Helen tornaba un martini seco. Grove se sentó a su lado y pidió un *whisky*. De pronto, ella se volvió, le miró y sonrió.

—Creo que usted me confundió hace días con otra persona —dijo.

—Así es, en electo, y le ruego me dispense, ya que no lo hice con mala intención, señora Doniphan.

—Ah, ya sabe quién soy.

—Mi nombre es Ted Grove, señora.

Helen entornó sus ojos.

—Su cara me parece también conocida, señor Grove —dijo.

—Es una cara muy vulgar. La habré visto miles de veces.

Ella se echó a reír.

—Una respuesta muy inteligente —calificó—. Me siento muy satisfecha de haberlo conocido, señor Grove.

—Muchas gracias, señora. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si no es indiscreta...

—Temo que sí, señora.

Helen se puso seria en el acto.

—En tal caso, no le responderé —dijo fríamente.

—Señora Doniphan, la pregunta que voy a hacerle no se refiere a aspectos íntimos o demasiado personales, como si está casada o es divorciada o viuda...

—Entonces, no le comprendo —dijo Helen.

—Me comprenderá enseguida. La pregunta es: ¿quién quería asesinarla hace unos días?

Helen le miró un instante y luego volvió a reír.

—¡Asesinarme a mí! Tiene usted una fantasía desbordante, señor Grove.

—Perdone que siga insistiendo..., pero ¿no asistió usted hace unos días a una reunión de negocios, en una sala de juntas de la octava planta, del número quinientos noventa y uno de la calle Tecumseh?

Los ojos se Helen se entornaron.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Se lo explicaré ahora mismo...

Grove no pudo seguir adelante. Alguien se acercó al mostrador y dijo:

—Señora Doniphan, desearía hablar unos minutos con usted.

Helen se volvió, contempló un instante al recién llegado y luego respondió:

—Usted y yo no tenemos nada que hablar, señor Drophin.

CAPÍTULO VI

Miller y Mahoney se detuvieron de pronto, contemplando incrédulamente a la mujer situada en el mostrador del Red Pine.

—Mírala —dijo el primero—, está ahí.

—Y acompañada por el tipo ese que es invulnerable a las balas...

—A ése déjalo, no nos interesa en absoluto. Es ella la que nos importa, Alvin.

—Está bien, de acuerdo. Pero ahí adentro no podemos hacer nada, de modo que lo mejor será que salgamos de nuevo y esperemos. Vamos.

Los dos sujetos acababan de entrar en el Red Pine y volvieron fuera nuevamente, dispuestos a aguardar a la mujer a quien llevaban días y días buscando por todas partes, sin conseguir encontrarla. Mientras, en el mostrador, Helen Doniphan acababa de decir al hombre que no quería hablar con él para nada.

—Usted y yo hemos acabado definitivamente, para siempre. ¿Me expreso bien? —añadió.

Grove asistía impasible al corto y áspero diálogo. Drophin, quienquiera que fuese, parecía no haber reparado en su presencia y él no iba a sacarle del error. Helen le interesaba y nadie más.

Estaban situados en un extremo del mostrador. El quedaba a la derecha de Helen y Drophin al otro lado. Era un hombre alto, membrudo, de unos cuarenta y tantos años, con una pronunciada calvicie, nariz aguileña y ojos penetrantes. La respuesta de Helen no parecía haberle agradado demasiado. A Grove le dio la sensación de que era un sujeto poco acostumbrado a que le contrariasen.

—A pesar de todo, hablaremos —insistió.

Helen se apeó del taburete y, sin añadir una sola palabra, alzó la

mano derecha y golpeó el rostro de Drophin con todas sus fuerzas.

Ocurrió algo sorprendente. El mostrador, muy largo, estaba lleno de clientes de ambos sexos que charlaban animadamente, mientras tomaban sus bebidas. Debido a la potencia del golpe, Drophin cayó hacia atrás y derribó al hombre que tenía más cerca. Éste, a su vez, cayó también... y el resultado fue que todos los clientes cayeron como si fueran fichas de dominó alineadas.

Grove no pudo contenerse y soltó la carcajada, al ver aquel maremágnum de brazos y piernas que se agitaban frenéticamente, de donde salían gritos, chillidos e imprecaciones de todas clases. El espectáculo era realmente cómico.

—Será mejor que nos marchemos, señor Grove —propuso Helen.

—De mil amores —contestó él, gratamente sorprendido.

Drophin forcejeaba para levantarse. Helen se volvió hacia el mostrador.

—Está borracho —dijo—. Si continúa molestando, llamen a la policía.

—Sí, señora.

Helen se volvió hacia el joven.

—Quiero que me acompañe a casa. Allí hablaremos con más tranquilidad. Saldremos por la puerta trasera —dijo.

—Usted me manda, señora Doniphan —sonrió Grove.

Decepcionado, vio segundos más tarde que ella no usaba la puerta secreta y que, efectivamente, había una que daba a la trasera del edificio, adonde se llegaba después de atravesar el cuarto que servía de almacén de licores. «Tendré que venir otro día a ver qué hay al otro lado de la cabina de teléfonos», pensó.

Mientras tanto, Mahoney y Miller aguardaban en la calle.

—Se van a pasar la vida allí —dijo el primero, sin apartar la vista de la puerta del Red Pine.

—Allí nacerán sus hijos y sus nietos y nosotros, aquí, aguardando, con un pie vendado por la gota, un bastón y la barba blanca llegándonos a la cintura... —dijo Miller lúgubrementes.

Entonces fue cuando una muchacha de pelo rubio, elegantemente vestida, pasó por delante de ellos, taconeando airoosamente.

Miller y Mahoney cambiaron una mirada.

—¿De dónde sale, tú?

—Me parece que tenemos que ir a un oculista...

—Donde tenemos que ir es detrás de ella —decidió Miller resueltamente—. Vamos, deprisa.

Los dos sujetos echaron a correr y alcanzaron a Myrna a los pocos pasos.

—Eh, chica...

Myrna se volvió.

—Pero, si son los ladrones que querían robarme el bolso hace días —exclamó jovialmente.

Mahoney respingó.

—¿Nos ha reconocido?

—Tengo una memoria fotográfica —sonrió la chica—. ¿Qué, de caza otra vez?

—Ya ve, la vida... ¿Se resistirá si le quitamos el bolso?

—¿Me van a dejar sin dinero y sin la documentación?

—Oh, no, eso no nos interesa en absoluto, señorita.

Myrna alargó el bolso.

—Bien, ahí lo tienen —dijo—. Busquen lo que necesitan y llévenselo.

Miller se apoderó del bolso y empezó a registrarlo frenéticamente. Al cabo de unos minutos, se apoderó de un papel que había en el fondo.

—Es todo lo que necesitamos —dijo, a la vez que le devolvía el bolso.

—Son ustedes unos chicos muy simpáticos —elogió Myrna—. Tratar con ladrones así da gusto. Voy a escribir al alcalde, dándole las gracias por tener en la ciudad unos ladrones tan amables y simpáticos. ¿Me permiten?

Antes de que Miller y Mahoney adivinaran sus intenciones, ella se puso de puntillas y les besó sucesivamente en las mejillas.

—Adiós, guapos —se despidió Myrna alegremente.

Caminó unos pasos más y desapareció en el Red Pine. Miller y Mahoney se sentían totalmente desconcertados.

—Esto no me lo esperaba yo —dijo el primero.

—Tenemos el papel, ¿no? Eso es lo que importa, así que vámonos de una vez. Ya tengo ganas de ver la cara que pondrá el jefe...

—No pondrá ninguna cara, porque la tiene de palo —rezongó

Miller, quien, en el fondo, sospechaba que algo no marchaba bien. La chica había cedido con demasiada facilidad, pensó.

Tenía el papel en la mano y lo desdobló, disponiéndose a leerlo. Mahoney puso una mano encima.

—El jefe prohibió que los leyeras —dijo.

Miller se encogió de hombros.

—Lo importante es que lo tenemos —respondió—. Bueno, vámonos ya.

* * *

—De modo que usted insiste en que quisieron asesinarme —dijo Helen.

—En efecto, señora Doniphan.

Helen terminó de preparar las bebidas y entregó una a su huésped. Luego se sentó en un lado del enorme diván de color rojo muy oscuro, con las piernas recogidas bajo el cuerpo.

—¿Por qué no me explica lo que sucedió? —invitó.

—Con mucho gusto, señora.

Grove habló durante unos minutos. Al terminar, ella arqueó las cejas.

—De modo que usted tiene el feo vicio de espiar a la gente —dijo.

—Fue una casualidad, lo repito. Si yo no hubiera visto al tipo, alistando su fusil, no se me habría ocurrido mirar al lado opuesto de la calle, ya que resultaba lógico suponer que el arma era para tirar a cierta distancia a la que no podría alcanzar con una simple pistola.

—Un razonamiento correcto —aprobó Helen—. Bien, admitiendo que lo que ha dicho sea cierto, ¿cuáles son sus pretensiones?

—¿Piensa que yo pretendo algo?

—Si no es así, ¿por qué ha intentado entablar conversación conmigo?

—Señora Doniphan, tengo la sensación de que usted piensa que cada desconocido que se le acerca le va a pedir algo.

—En su caso, lo más acertado me parece pensar así —respondió ella.

Grove apuró su copa y se puso en pie. Durante unos segundos,

paseó la mirada por la elegante sala que formaba parte de la vivienda donde residía Helen. El buen gusto de la dueña resultaba patente.

—Yo no tengo nada que pedirle, señora —dijo al cabo—. Ni siquiera lo que una mujer hermosa esperaría de un hombre joven.

Helen, sorprendida, se puso en pie.

—¿Se marcha ya?

—Sí, señora. Permítame que le de las gracias por su invitación. Realmente, ha sido un gran placer para mí. Buenas noches.

Helen se quedó atónita. Antes de que pudiera reaccionar, Grove había desaparecido de su vista. Un relámpago de ira brilló en sus hermosos ojos, pero fue muy breve. Muy pronto fue sustituido por una extraña sonrisa.

—Volveremos a vernos —prometió.

* * *

Con aire satisfecho, Miller depositó sobre la mesa el papel que había arrebatado a Myrna.

—Aquí lo tiene, jefe —exclamó.

Daddy desplegó el papel. Mahoney le miró penetrantemente. Nunca había sonreído. Sólo movía los labios y aun así con cierta dificultad. ¿No llevaba una máscara que ocultaba sus auténticas facciones?, pensó.

El jefe estudió el contenido del papel durante unos segundos. Luego tomó una pluma y otra hoja de papel y escribió una dirección.

—Éste es —dijo—. Quiero que me lo traigáis esta misma noche.

Mahoney se sobresaltó.

—Pero, jefe...

—¡No me repliques! He dicho esta misma noche. ¿Entendido?

Mahoney se encogió de hombros.

—Resultará difícil —vaticinó.

—¿Y si no quiere venir? —preguntó Miller.

—¿Es que no sabéis pensar?

Hubo un instante de silencio. Luego, los dos sujetos dieron media vuelta.

—Ese hombre está más loco cada día —gruñó Mahoney, a la vez

que se sentaba en el coche.

—Al menos, paga bien —dijo Miller resignadamente.

Mientras su compañero se encargaba de conducir, él leyó la dirección que el jefe había escrito en un papel.

—Calle River, novecientos uno —dijo.

—Muy bien.

El coche rodó velozmente. Dada la hora, el tránsito era casi nulo. Los dos hombres se preguntaban cómo podrían secuestrar a un individuo que, seguramente, estaría ya en la cama. ¿Qué le dirían para hacerle salir de su casa?

Un cuarto de hora más tarde, Mahoney anunció que ya llegaban al objetivo.

—Ésta es la calle River... Ahí está el ochocientos setenta y siete..., el ochocientos ochenta y dos... ¡Rayos! —juró de pronto.

—¿Qué pasa, tú? —preguntó Mahoney.

—Judd, sospecho que no vamos a poder llevarle el tipo al jefe.

Mahoney miró hacia su derecha y quedó helado. Acababan de pasar por delante del número 899. El 901 correspondía a un edificio de grandes proporciones, con una entrada flanqueada por grandes columnas. Sobre el dintel, en enormes letras doradas se leía: CENTRAL POLICE STATION.

Un par de agentes uniformados hacían guardia en la entrada. Mahoney pisó el acelerador, aunque sin demasiada potencia, para no infundir sospechas a los guardias, sólo lo justo para dar la sensación de que eran unos automovilistas vulgares y corrientes.

* * *

—Anoche me asaltaron de nuevo —dijo Myrna.

—¿Padeció su virtud?

—¡No sea grosero! He querido decir que me robaron.

—Ah, ya. ¿Quiénes?

—Los mismos que me asaltaron el día en que nos conocimos.

—Entiendo. ¿Dónde fue eso, Myrna?

—Cerca del Red Pine. Me salieron al paso y me pidieron el bolso.

—Usted se resistió, naturalmente.

Myrna lanzó una alegre carcajada.

—Nada de eso —respondió—. Les dejé que se llevaran lo que buscaban.

—Y, ¿qué buscaban?

—Hombre, el mensaje de Coleman.

—Ah, ya entiendo... —Grove lanzó un chillido—. Pero, Myrna, ¿cómo ha podido consentir...?

—Ted, por el amor de Dios, use su cerebro. ¿Acaso creía que yo iba a llevar en el bolso las direcciones de los individuos complicados en el caso? Aparte de mi memoria, tengo bien guardada la agenda donde escribí la solución del mensaje en clave.

—Respiro —dijo él—. Entonces, ¿qué se llevaron?

Myrna volvió a reír.

—Una lista de nombres imaginarios, con direcciones muy peculiares. El primero, John Smith, vive en el novecientos uno de la calle River. ¿Sabe a qué corresponde esa dirección? ¡Es la Jefatura de Policía!

A través del teléfono, medio utilizado para la conversación, Grove oyó las carcajadas de la muchacha.

—Me va a contagiar su risa —dijo—. ¿Qué otras direcciones puso en el papel?

—Un par de hospitales, el cuartel de bomberos... Todas por el estilo, Ted.

—Tenía ganas de divertirse un poco, ¿eh? —Gruñó él—. Bien, si lo desea, yo voy a proporcionarle más diversión.

—¿De qué forma? —preguntó ella.

Grove consultó su reloj.

—Van a dar las doce —dijo—. ¿Voy a buscarla o viene usted?

—No, yo iré. Hasta luego, Ted.

Grove colgó el teléfono. Estaba en mangas de camisa y se puso la chaqueta. Luego, lleno de curiosidad, tornó los prismáticos y se acercó a la ventana.

En el mismo momento, entraba alguien en la sala de juntas. Parecía un mecánico o algo por el estilo. El hombre llevaba gorrilla de visera y mono de color azul claro. Su mano derecha sostenía una caja de herramientas.

Detrás de él apareció una chica, que le indicó algo con la mano. Debía de ser una secretaria, aunque desapareció muy pronto.

El mecánico puso su caja de herramientas sobre la mesa de

juntas, la abrió, extrajo una caja negra, de forma oblonga y empezó a manipular en ella. Grove pensó que se trataría de algún empleado de la compañía telefónica o de una empresa destinada a instalar aparatos de registro, o algo por el estilo.

Pero, de repente, vio que el individuo se tumbaba en el suelo y trataba de sujetar la caja a la cara inferior de la mesa. Para ello, usaba anchas tiras de cinta adhesiva.

Una horrible sospecha invadió su ánimo en el acto.

Aquello no era una grabadora ni el mecánico iba a revisar los teléfonos. Lo que el individuo estaba colocando bajo la mesa era una bomba, seguramente con mecanismo de relojería.

CAPÍTULO VII

Grove dejó los prismáticos a un lado y saltó hacia el teléfono. No recordaba la dirección de Helen, por lo que necesitó buscar su número en la sección de calles. Cuando lo hubo encontrado al fin, marcó las cifras apresuradamente.

Se separó un poco de la mesa. Con el teléfono en la mano y los prismáticos en la otra, volvió a mirar hacia la casa frontera.

De pronto, oyó la voz de Helen.

—¿Quién?

—Señora Doniphan, soy Grove. Llame urgentemente a sus oficinas, hay un tipo que está poniendo una bomba bajo la mesa de juntas.

—¡Señor Grove! ¿Se ha vuelto loco?

—¡Haga lo que le digo o todos ustedes volarán por los aires cuando estén reunidos! Diga que detengan a ese hombre... Mejor aún, avise a la policía. ¡Vamos, rápido, no puede perder un solo instante!

Grove dejó el teléfono y se acercó más a la ventana. El supuesto mecánico parecía seguir con su trabajo. Sin duda, pensó Grove, debía dejar pasar un tiempo prudencial, a fin de no infundir sospechas a los empleados.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, el mecánico fue hacia la puerta y trató de abrirla.

La puerta se resistió. Grove vio que el hombre fruncía el ceño.

Una vez más, el mecánico insistió en la cerradura, sin conseguir ningún resultado. Grove volvió los prismáticos un poco, hacia las ventanas contiguas. Había una oficina, con varias mesas, pero los empleados habían desaparecido.

Grove comprendió en el acto la astucia de Helen. Ella, pensó, no

había querido avisar a la policía.

«Sin duda, no le conviene», pensó.

Los esfuerzos del mecánico resultaron inútiles.

«Estúpido, por qué no usas un destornillador para forzar la cerradura», le apostrofó Grove mentalmente.

De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Esa caja de herramientas está vacía —murmuró—. Sólo llevaba la bomba y el rollo de cinta adhesiva. La caja era sólo una «tapadera»...

El mecánico parecía desesperado. De súbito, corrió hacia la ventana y la abrió. Al mirar hacia abajo, vio que había nueve pisos.

Al pie de la ventana corría una cornisa, de unos veinticinco centímetros de anchura. Grove vio que el individuo pasaba una pierna por encima del antepecho. Adivinó su intención: iba a trasladarse a alguna de las oficinas contiguas.

El mecánico puso los dos pies en la cornisa. Entonces, se produjo la explosión.

No resultó demasiado fuerte ni aparatosa, aunque la mesa saltó en astillas por los aires. Pero la onda explosiva lanzó al mecánico fuera de la cornisa.

Grove siguió con los prismáticos la caída del hombre, brazos y piernas extendidos en aspa. Así seguía cuando chocó de espaldas contra el asfalto, entre el asombro y el terror de los transeúntes que circulaban en aquellos momentos por la acera.

Una nube blanca salía de la ventana y se disipaba rápidamente, arrastrada por el viento. Cuando la humareda se disipó, Grove vio que, salvo el mobiliario destrozado, los daños sufridos en la sala de juntas eran mínimos. La puerta aparecía intacta.

Era muy extraño, se dijo. ¿Por qué poner una bomba si nadie iba a estar presente en el momento de la explosión?

* * *

—Eso ha sido un aviso —dijo Myrna rápidamente, apenas conoció la noticia.

—¿Un aviso? —repitió Grove.

—Está claro, hombre. La bomba no era muy potente, de lo contrario, todas las oficinas habrían volado en pedazos. Sólo

destrozó la mesa y algunas sillas. Claro que la onda explosiva despidió al sujeto fuera de la cornisa, pero resultó lógico, ya que la bomba estaba colocada en el sitio de la presidencia, el más próximo a la ventana. Además, ¿por qué hacer que la explosión se produjera tan prematuramente? Si no iba a haber nadie, resultaba incongruente... a menos que la señora Doniphan recibiera después una llamada telefónica.

—¿Qué clase de llamada?

—Imagínese, hombre. Después de la explosión, alguien le habría dicho, más o menos: «Señora, o hace lo que le hemos indicado o la próxima vez no habrá aviso, sino que la bomba le explotará en las narices, cuando menos lo piense». ¿Eh, qué le parece mi sistema deductivo?

Grove reclinó la cabeza en el respaldo del asiento del coche.

—Una hipótesis muy aceptable —declaró.

—La única posible, a mi entender. Lo que sucede es que la señora Doniphan no quiso avisar a la policía. O si la avisó, lo hizo después de ordenar que cerrasen la puerta de la sala de juntas y que evacuasen las oficinas, al objeto de que el mecánico pudiera ser arrestado.

—Sí, parece congruente. Por lo visto, el que pagó a Hartland días atrás no ceja en sus propósitos. Helen le estorba.

—¿Por qué? Ésa es la pregunta, ¿no le parece?

—Estoy pensando... Todavía no sabemos qué hacen en esas oficinas, Myrna.

—Creo que tampoco debe importar demasiado. Todo esto sucede por un turbio asunto, del que desconocemos la mayor parte de los detalles. Ahora bien, si se trata de actividades ilegales, parece lógico que traten de encubrirlas con una empresa enteramente legal. Saber qué hacen esas oficinas no aclarará demasiado las cosas, Ted.

—Sí, creo que tiene razón, Myrna.

—Por cierto, hace casi diez minutos que estoy guiando el coche y todavía no me ha dicho usted adónde vamos.

—Es verdad, lo había olvidado. Vamos al Red Pine.

—¿Qué hay allí, Ted?

—Eso es lo que vamos a ver —contestó Grove.

Entonces, Myrna hizo funcionar el intermitente del lado izquierdo y movió el volante en la misma dirección. Cinco minutos

más tarde, paraban el coche en las inmediaciones del local de Helen.

Myrna se puso la peluca negra y las gafas de color, por consejo de Grove. Una vez disfrazada, entraron en el Red Pine. Ella se rió mucho cuando Grove le contó el incidente de las fichas de dominó humanas.

—Debe de tener unos bíceps muy bien desarrollados —comentó la muchacha poco después.

El local estaba casi desierto. Pasados diez minutos, Myrna anunció que iba a empolvarse la nariz.

—Yo me lavaré las manos —dijo él.

Caminaron juntos hasta los servicios. Una vez allí, Grove se cercioró de que estaban solos y entró en la cabina telefónica número dos.

Empujó. La pared cedió suavemente, sin el menor ruido. Myrna contuvo una exclamación de asombro.

—Como en las películas de espías —dijo.

—¿De dónde cree que han sacado el truco? —sonrió él.

Una vez al otro lado, Grove cerró a sus espaldas. Con la llama del encendedor, buscó hasta encontrar el interruptor de la luz. Una vez encendida ésta, pudo ver una escalera de caracol que conducía al piso superior.

El espacio que había tras la pared de la cabina telefónica era reducido, con las dimensiones justas para contener la escalera. Grove puso el pie en el primer peldaño.

Subió en silencio, seguido por la muchacha. Cuando llegó arriba, se encontró en una pequeña sala de estar, discretamente amueblada. Una puerta, que abrió, le hizo ver que había también un cuarto de baño.

—Éste parece un lugar para citas secretas —dijo Myrna.

—Indudablemente.

—Citas amorosas. No sé por qué, pero tengo la sensación de que la tal Helen Doniphan es una vampiresa.

—Devoradora de hombres, ¿eh?

—Es guapa, ¿no?

—Mírese al espejo y lo sabrá. Bueno, aquí hay otra puerta; vamos a ver qué hay al otro lado.

Grove abrió la puerta y vio un lujoso dormitorio, en el que no

faltaban los menores refinamientos. Incluso el techo era un colosal espejo.

El dormitorio era lo suficientemente grande para contener un tresillo, compuesto por un enorme diván y dos mullidos butacones. Al mirar hacia arriba, Myrna casi se mareó.

—Parece como si fuese a caerme...

—Silencio —chistó él—. Hay alguien que está durmiendo.

Myrna desvió un poco la vista. El espejo del techo le devolvió la imagen de un hombre tendido en el diván, con un brazo caído hacia afuera.

—Tiene un sueño muy profundo —comentó ella.

Grove se estremeció ligeramente.

—Quizá sea el sueño eterno —murmuró.

Myrna sintió un escalofrío. El respaldo del diván quedaba orientado hacia la entrada. Grove dio la vuelta y se inclinó sobre el supuesto durmiente.

—Oh, no, no... ¡Otro hermano gemelo no! —exclamó.

Myrna corrió a situarse a su lado. Contempló unos instantes el rostro del sujeto que yacía en el diván y dijo:

—Increíble.

* * *

Al cabo de unos segundos, Grove reaccionó y puso una mano en la mejilla del individuo. La encontró ligeramente tibia, pero también se extrañó de no advertir en su pecho los movimientos naturales de la respiración.

La mano que salía fuera del diván, sin embargo, estaba helada. Era un contraste que le chocó extraordinariamente.

—Una mejilla tibia, una mano fría... ¿Lo comprende usted, Myrna?

—Ted, con éste son ya tres los hermanos gemelos que hemos encontrado. A mí me parece que no hay tal semejanza.

Grove creyó comprender.

—Una máscara, ¿eh?

—El primero, es decir, Coleman, si pudo parecerse a usted. Una extraordinaria casualidad, si usted quiere, pero perfectamente creíble. En cuanto a los demás, es decir, Norman y el que tenemos

delante, ya no son resultados de la casualidad.

—Si se trata de máscaras, ¿por qué eligieron precisamente mi cara?

—¿No pudieron elegir la cara de Coleman?

—Es cierto —admitió él—. Pero será mejor que confirmemos las sospechas.

Tras una ligera vacilación, agarró el pelo y tiró con tuerza. La máscara se despegó sin dificultad, dejando a la vista el rostro de un hombre de unos treinta y cinco años, de facciones agradables, pero muy distintas de las de Grove.

—No lo conozco —dijo él.

—Yo tampoco. ¿De qué ha muerto, Ted?

Grove apartó la chaqueta del individuo. En el costado izquierdo, se divisaba una pequeña mancha roja.

—Posiblemente, un punzón muy largo, lo suficiente para llegar hasta el corazón —dijo después de devolver al cadáver su aspecto normal—. Luego lo dejaron aquí...

—¿Lo dejaron o lo dejó?

—¿A quién se refiere, Myrna?

—Está claro. Es el nido de amor de la señora Doniphan.

—¿Sospecha de ella?

—Yo no he sido, de eso sí estoy segura. Y usted dice que la vio entrar aquí...

—Alto ahí. Yo sé que desapareció, después de que el barman le indicó que tenía una llamada en la cabina telefónica número dos. Ahora supongo que la llamada procedía de su enamorado, pero entonces no lo sabía.

—Regístrele. Quizá lleguemos a conocer su identidad.

Grove hurgó en los bolsillos del muerto. Un permiso de conducción le dijo que en vida se había llamado Gerry O'Braugh.

También supo su domicilio, extremo que Myrna anotó en su agenda.

—Ted, lo mejor será que nos marchemos —propuso ella—. Alguien encontrará el cadáver más adelante, y si lo que sospecho es cierto, no tendrá el menor interés en avisar a la policía.

Grove alzó la mano derecha.

—Aguarde un momento —pidió—. Falta algo muy importante.

Volvió la máscara del revés y examinó atentamente su interior.

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la muchacha y sonrió satisfecho.

—Fabricada por Clifford Pellón, calle Bower, seiscientos diez —dijo.

—En tal caso, opino que debíamos hacer una visita al señor Pellón —exclamó la muchacha resueltamente.

CAPÍTULO VIII

Clifford Pellón tenía una tienda donde se vendían maniqués para exposiciones de trajes de caballero y vestidos de señora. Había también muchos bustos, en especial femeninos, dedicados a exponer sombreros y pelucas. La tienda tenía un aspecto modesto, pero era indudable que su clientela debía de ser muy abundante.

El mostrador estaba vacío en aquellos momentos. Grove y la muchacha esperaron unos minutos. Al fin, un hombre salió del interior, secándose las manos con una toalla. Aparentaba unos sesenta años, era completamente calvo y, sobre su nariz ganchuda, cabalgaban unas antiparras con montura de acero.

—Dispensen —dijo, cortés—. Estaba terminando un trabajo de encargo y no podía abandonarlo... ¿En qué puedo serles útiles?

Durante el trayecto, Grove había entrado en una tienda para comprarse unos lentes de color. Después de que el sujeto les hiciera su pregunta, dijo:

—Usted es el señor Pellón, supongo.

—Así es, en efecto, señor...

Lentamente, Grove se quitó los lentes de color. Pellón le miró un instante.

—Fantástico —dijo—. ¿De dónde la ha sacado?

—Si se refiere a una máscara, le diré que no, que es mi rostro auténtico. Con las debidas variaciones causadas por el paso de los años, ésta es mi cara original.

Pellón se quedó estupefacto.

—No puedo creerlo —dijo.

—Lo crea o no, he dicho la verdad. Pero usted fabricó dos máscaras iguales... ¿De dónde tomó el modelo?

—No suelo hablar de los encargos de mis clientes —respondió

Pellón envaradamente.

—Quizá fue un tipo llamado Coleman —terció Myrna.

—Nunca he oído hablar de esa persona, señorita.

—¿Tampoco lee los periódicos? —se extrañó Grove.

Pellón se encogió de hombros.

—Detesto la política y los sucesos. Sólo leo algo de deportes y espectáculos —contestó.

—Muy bien. Coleman murió de un tiro. Era, puede decirse, mi doble. ¿Nunca habló con él?

—No.

—Entonces, díganos quién le encargó las máscaras —insistió Myrna—. Alguien tuvo que hacerlo...

Pellón suspiró.

—Me encargó dos, pagó por adelantado, sin protestar del precio, que resultó algo elevado, debido a las prisas que tenía y...

—Le enseñaría alguna fotografía, supongo.

—Sí, claro. La de una cara igual a la suya.

—Bien, ¿qué más?

—Eso es todo —dijo Pellón.

—Todo, no —exclamó el joven con firme acento—. Falta el nombre.

—Sé el nombre, pero no la dirección. Dijo que él en persona recogería las máscaras y así lo hizo.

—¡Por todos los diablos! —dijo Grove, exasperado—. ¡El nombre!

Pellón pronunció una sola palabra y Grove casi lo encontró lógico:

—Drophin.

Cuando salieron de la tienda, Myrna dijo:

—No hemos adelantado gran cosa, Ted.

—No, ¿eh? Drophin era la primera ficha de la hilera, el tipo que recibió la bofetada, recuérdelo.

—Pero no sabe dónde vive...

—Helen me lo dirá, no se preocupe.

—¿Piensa visitarla?

—Claro.

Grove abrió la portezuela del coche y Myrna se sentó tras el volante.

—Ted, apuesto algo a que no va a permitir que yo vea a Helen —dijo.

—Es mejor que vaya yo solo.

—Entonces, vaya, vaya...

El coche arrancó súbitamente. Grove, sorprendido, saltó hacia atrás. Pero no se enojó por el gesto impulsivo de la muchacha, sino que sonrió, satisfecho por el enfado que ella había demostrado, al dejarle plantado.

* * *

Dos hombres cerraron el paso a Myrna cuando se apeaba del coche, frente a su casa.

—Esta vez no escapará —dijo Mahoney.

Myrna se sobresaltó en un principio, aunque se rehízo casi de inmediato y sonrió.

—Como ladrones, son ustedes unas verdaderas calamidades —calificó—. Está bien, no tengo aquí lo que buscan.

—En casa, claro —supuso Miller.

—Sí.

—Entonces, andando.

Myrna cruzó la acera, escoltada por los dos sujetos. Al cabo de unos momentos, salían del ascensor.

—Debió de divertirse mucho cuando nos envió a la Jefatura de Policía, ¿eh? —Gruñó Mahoney.

—Un poco —admitió ella.

—Escuche, ¿qué interés tiene usted en el mensaje de Coleman? —quiso saber Miller.

—¿Interés yo? Eso ustedes, amigos míos —contestó Myrna con dulzura, mientras hurgaba en el interior de su bolso—. Les daré el mensaje, aunque dudo mucho de que entiendan algo.

—Bueno, eso ya lo dirá el jefe...

Miller calló en el acto, porque su compinche le había dado un puntapié en la pantorrilla. Myrna volvió a sonreír.

—Hay cosas que no deben escuchar los oídos ajenos —comentó, a la vez que insertaba la llave en la cerradura.

Abrió la puerta. Miller y Mahoney la apartaron con brusquedad.

—Nosotros primero —dijo Mahoney.

Los dos hampones cruzaron el umbral. Entonces, sendas cachiporras golpearon sus cráneos y se derrumbaron al suelo sin sentido.

Myrna, pese a la sorpresa, reaccionó instantáneamente. Tiró de la puerta hacia sí, cerró y dio una vuelta completa a la llave. Luego echó a correr por el pasillo.

Detrás de ella, sonaron unos fuertes golpes. Alguien maldijo profusamente.

—Será mejor que abramos —dijo uno de los intrusos.

Al cabo de unos minutos consiguieron hallarse en el pasillo. Sin pérdida de tiempo, corrieron hacia el ascensor.

—Si nos damos prisa, aún podemos alcanzarla —exclamó uno de los atacantes.

Los dos hombres desaparecieron en el ascensor. Entonces, Myrna asomó por la esquina del pasillo y sonrió. Pisando de puntillas, volvió a su departamento y contempló los cuerpos caídos en el suelo.

Luego examinó el interior. Estaba bastante revuelto, pero, por fortuna, no había destrozos.

Cerró la puerta, echó la cadena y se aplicó al trabajo. Un cuarto de hora más tarde, oyó un gemido.

Miller fue el primero en despertarse. Abrió los ojos y divisó a la muchacha sentada en un diván, con la sonrisa en los labios.

Sobre la mesita, había un par de copas.

—Vamos, anímese —dijo Myrna—. Sólo han sido un par de golpecitos sin importancia.

Miller gateó hasta apoderarse de su copa. Mientras bebía ansiosamente, oyó de nuevo la voz de la joven:

—¿Por qué no me lo cuentan todo, muchachos?

* * *

La sala de juntas había sido despejada de sus ruinas. En el centro, Helen, acompañada de media docena de hombres, parecía discutir los detalles del suceso.

Grove, sentado en la butaca, frente a la ventana, contemplaba la escena desde su casa. Al cabo de unos minutos de animada conversación, el grupo se disolvió.

Helen quedó sola en la estancia Abrió su bolso, sacó una pitillera y se puso un cigarrillo en los labios. Después de encenderlo, se acercó a la ventana.

Grove mantuvo los prismáticos sobre sus ojos. Ella sonreía placenteramente. Le estaba viendo, seguro, pensó.

Al cabo de unos minutos, ella se apartó de la ventana, Grove movió los gemelos.

Helen pasó a las oficinas, desiertas en aquellos momentos. Grove vio que levantaba un teléfono. Segundos después, oyó el timbre del suyo y se puso en pie.

—Ha estado viéndome —dijo ella.

—No puedo negarlo. ¿Le ha molestado?

—Me suponía que estaría detrás de sus prismáticos. Ted, creí que su aviso sería una broma, pero se hizo realidad. Gracias, muy sinceramente.

—Ha sido un placer, se lo aseguro.

—¿Cómo sospechó del tipo?

—Bueno, vi la caja negra que era la bomba, le vi situarse debajo de la mesa... En ningún momento revisó los teléfonos ni la instalación eléctrica. Eso me hizo sospechar y la llamé a usted.

—Ted, me gustaría agradecérselo personalmente.

—Ya me ha dado las gracias...

—A veces, las palabras no son suficientes.

—Me conforma con lo que ha dicho.

—No sea tímido, hombre. Le espero a las seis en mi casa.

—Está bien, señora Doniphan...

—Mi nombre es Helen, Ted.

—Muy bien, Helen, a las seis en punto.

* * *

El vestido era más bien corriente, salvo por una cosa: la blusa, de tejido negro, era transparente. Debajo no había nada más.

Helen sonrió, al ver la perplejidad retratada en el rostro de su visitante.

—¿Es la primera vez que ve algo semejante, Ted? —preguntó.

Grove se rehízo en el acto.

—En esta casa, sí, por supuesto —respondió.

Helen se apoderó de uno de los brazos masculinos.

—Una respuesta muy satisfactoria —dijo—. ¿Qué prefiere beber ahora?

—¿No tiene jugo de flor de loto?

—Quiere olvidar todo, ¿eh?

—Merecería la pena, ¿no le parece?

—Ted, usted empieza a gustarme. Aunque el primer día, me resultó antipático.

—Sin duda, le parecí un tipo con ganas de conquista —dijo él.

Helen le entregó una copa.

—No sería la primera vez —manifestó.

—Seguro. Es usted demasiado hermosa para que un hombre no sienta inmediatamente una terrible atracción.

—Me le está poniendo muy difícil. Voy a claudicar.

—Sea fuerte, Helen. No soy un conquistador profesional.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Un hombre normal y corriente.

—No abundan mucho en esta época. O son unos bestias o resultan homosexuales. Un hombre normal, cortés, amable... y apasionado en los momentos adecuados, resulta una perla.

Helen había tomado un sorbo de su copa, dejándola a continuación. Se acercó al joven y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tengo ganas de saber cómo es un hombre corriente —murmuró ardorosamente.

Grove notó en el acto la suave presión de los hermosos senos femeninos. Una especie de velo se situó ante sus pupilas, pero, de súbito, reaccionó y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué te sucede? —preguntó Helen—. ¿No me encuentras deseable?

Grove la contempló durante unos instantes. El parecido de Helen con Myrna era increíble. Sí, parecían gemelas, pero la expresión de los rostros femeninos era diametralmente distinta. Helen era, tenía que ser, además de ardiente, enérgica, dominadora, una verdadera vampiresa.

—Volverías loco al más sensato —dijo al cabo—. Pero no estoy aquí por lo que te imaginas.

—Dije que quería agradecerte el favor —le recordó ella.

—Lo sé.

—Pude haber muerto despedazada...

—No. Aquel individuo sólo quería hacerle una advertencia. De lo contrario, la bomba habría estallado cuando ustedes estuviesen reunidos en junta de... ¿De qué, Helen?

Ella dejó de sonreír en el acto.

—¿Te interesa mucho, Ted?

—A decir verdad, no me interesaría demasiado, si no fuese por el hecho de que tres hombres han muerto ya. Uno de ellos, por increíble casualidad, era tan parecido a mí, que hubiera podido decirse era mi hermano gemelo. En cuanto a los otros dos, les habían puesto sendas máscaras, hechas de tal forma, que se me parecían de una forma absoluta.

Grove tomó un trago de su copa. Luego continuó:

—El tercero de esos individuos muertos se llamaba Gerry O’Braugh

y le clavaron un punzón en el costado izquierdo. Para más detalles, te diré que lo he encontrado en el nido de amor que tienes en el primer piso del Red Pine.

CAPÍTULO IX

Helen permanecía rígida, inmóvil como una estatua. Sólo se advertían en ella los movimientos de la respiración, más fácilmente perceptibles a causa de la transparencia de su blusa.

—Gerry está muerto —repitió.

—Sí.

De pronto, ella pareció recobrarse.

—¿Cómo has subido a mis habitaciones privadas? —exclamó.

—Hace días, un barman te dijo que tenías una llamada en la cabina número dos.

—Creo que comprendo —murmuró Helen—. Bueno, no es ningún delito tener unas habitaciones privadas...

—Ningún delito, en efecto —convino él—. Pero ¿quién era O'Braugh?

Helen caminó unos pasos y se situó junto a una de las ventanas.

—Un buen amigo —contestó con voz opaca.

—¿Le amabas?

—Siempre se siente la pérdida de un conocido y más si se le estima profundamente, aunque no se le ame.

De pronto, se volvió y le miró con ojos llameantes. —También sentiría tu muerte, aunque no te ame —añadió.

—Gracias. Dime, ¿qué hacía Gerry para ti?

—Ciertos trabajos... de investigación.

—Helen, hace días quisieron matarte. Yo lo impedí. Puedes creerlo o no, me da igual, pero yo sé que es cierto. ¿A quién estorbas?

—Ted, no me hagas preguntas que no te puedo contestar.

—¿Tiene algo que ver Drophin con estos atentados?

Helen apretó los labios.

—Ted, puesto que no aceptas... lo que te he ofrecido, será mejor que te marches —dijo.

—Está bien, no quiero molestarte más.

Grove se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir, se volvió hacia la mujer.

—Helen, sospecho que estás metida de lleno en un asunto muy turbio y peligroso, puesto que ya se han cometido varios asesinatos. Sinceramente, yo querría ayudarte...

—No necesito tu ayuda, gracias —le interrumpió ella heladamente.

—Adiós.

Helen guardó silencio. Grove abandonó la casa.

Con gesto preocupado, se sentó tras el volante del automóvil. Tendría que averiguar quién era el tal Drophin, se dijo.

Cuando regresó a su casa, oyó el timbre del teléfono.

Era Myrna.

—¿Qué tal la entrevista con Helen? —preguntó la muchacha.

—No he sacado apenas nada en limpio —respondió Grove.

Myrna lanzó una alegre carcajada.

—Se ve que no tiene experiencia como interrogador —dijo.

—No soy policía, si es a eso a lo que se refiere —rezongó el joven, picado en su amor propio.

—Tampoco yo, pero he sacado en limpio algo muy interesante.

—¿Sí?

—Estuve hablando con unos que ya se pueden considerar buenos amigos. Intentaron robarme el bolso en más de una ocasión, ¿lo recuerda?

—¿Les ha dado un filtro mágico?

—Pues... si a la simpatía se le puede llamar filtro mágico, sí, porque, al final, acabaron por...

La transmisión se cortó de repente. Grove oyó el «click» indicador de la interrupción, pero antes le pareció escuchar un breve grito de sorpresa, muy corto, tal vez incompleto.

—¡Myrna! —gritó—. ¡Conteste, Myrna! Dígame, ¿qué le pasa?

Pero la joven no podía oírle, porque había una mano sobre el teléfono. Otra, a un palmo de su mejilla derecha, sostenía un revólver de cañón muy corto.

Grove temió lo peor para la muchacha y, sin entretenerse más,

salió corriendo de casa en busca de su automóvil.

* * *

Myrna creyó que se le paraba el corazón cuando vio la mano, que bajaba el soporte del teléfono. Al volver un poco la cara, vio el revólver, la boca de cuyo cañón le pareció la entrada a un túnel.

—Antes nos engañó —dijo el tipo—. Creíamos que había salido, pero debió de esconderse en algún rellano, ¿no es así?

Myrna inhaló aire largamente.

—Pues ya que lo han adivinado, ¿para qué negarlo? —contestó.

—Está bien, guapa, póngase en pie.

Ella obedeció. Había otro hombre, de facciones pétreas, con la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta. Aquel individuo no había despegado los labios un solo segundo.

—Sospecho que vamos a salir de casa —dijo Myrna.

—Lo ha acertado —contestó el individuo.

—En tal caso, ¿me permiten el bolso?

—Tommy —ordenó el del revólver.

—Sí —dijo el otro escuetamente.

Tommy abrió el bolso de la joven y lo revisó rápidamente. Luego lo cerró y se lo entregó a su propietaria.

—No lleva armas, Don —informó.

—Muy bien. Vámonos.

—Tommy y Don —repitió Myrna—. Conservaré los nombres en la memoria.

—Son muy vulgares —dijo Tommy.

—Señorita, vamos a darle un consejo —habló Don—. Saldremos del edificio los tres juntos. Usted irá entre nosotros dos, con apariencia normal. No haga gestos raros ni llame la atención ni pida socorro: sería lo último que hiciera en su vida, ¿lo ha entendido?

—Perfectamente —contestó ella.

—Entonces, no se hable más.

Tommy abrió la puerta y se asomó al pasillo. Hizo una seña con la mano y el pequeño grupo salió del departamento.

—Sólo hay cinco plantas —dijo Tommy—. Bajaremos a pie; es menos comprometedor.

—Piensan en todo —comentó Myrna—. Claro, es su oficio.

Los dos pistoleros guardaron silencio. Mientras descendían. Myrna empezó a devanarse los sesos, pensando en la forma de librarse de sus molestos acompañantes.

Por un lado, sentía una enorme curiosidad por saber adónde la llevaban, pero la curiosidad quedaba frenada por el instinto de conservación. ¿Y si la asesinaban después?

Quizá empezarían torturándola... Sería débil, hablaría... y cuando supieran todo lo que necesitaban, acabarían de un tiro con sus sufrimientos. No, era mejor intentar algo que le permitiera escapar, pero ¿qué?

Llegaron a la cuarta planta y después a la tercera. Luego a la segunda... En la primera, la escalera era mucho más ancha, debido a que, en realidad, resultaba una prolongación del vestíbulo.

Cuando ya llegaban al borde del rellano, Myrna vio a un orondo matrimonio que estaban a la mitad del primer tramo de escalera. Él y ella iban cargados con una infinidad de paquetes. Entonces, Myrna estiró un poco el pie izquierdo.

Tom tenía el derecho en el aire, debido a que se disponía a pasar al primer peldaño. Aquella especie de zancadilla le hizo trastabillar un instante.

Braceó, pero ya no podía contener la caída. Dando unos saltos ridículos, cayó hacia adelante y tropezó con la mujer, a la que derribó aparatosamente. Los paquetes se esparcieron por todos los sitios.

Don se quedó perplejo un instante. De súbito, Myrna le empujó con ambas manos, lanzándolo hacia adelante con todas sus fuerzas. Don gritó, manoteó igualmente y cayó sobre el hombre, a quien derribó también.

La escalera se llenó de brazos y piernas que se movían frenéticamente, en medio de un montón de paquetes, de alguno de los cuales salían ruidos, de vidrios rotos. La dueña de los paquetes empezó a chillar, protestando furiosamente de la falta de consideración de aquellos individuos.

Myrna aprovechó la ocasión. Saltó por encima de un individuo y corrió como una loca hacia la calle. Don, furioso, se ponía en pie en aquel instante, pero el dueño de los paquetes no estaba menos furioso y le arreó un terrible puntapié en la espinilla.

Don aulló de dolor, a la vez que empezaba a saltar a la pata

coja. La mujer agarró un paquete bastante pesado y empezó a golpear la cabeza de Tommy, quien, hacía denodados esfuerzos para librarse del ataque. Su marido volvió a atizar otro puntapié a Don, ahora con la pierna sana, y el hampón cayó de nuevo, rodando por las escaleras hasta llegar al suelo del vestíbulo.

Tommy intentó escapar. El marido saltó sobre él y lo acorraló contra la pared.

—No tan aprisa, amigo —dijo—. Hemos de ajustar una pequeña cuenta.

Su puño se disparó dos veces: una al estómago y otra al ojo izquierdo. Tommy tenía un revólver en el bolsillo, pero harto se daba cuenta de la imprudencia que representaría enseñar un arma en aquel lugar. El conserje acudía ya, dispuesto a poner un poco de orden, de modo que lo mejor era desaparecer con la mayor discreción posible.

Momentos después, maltrechos y molidos, perseguidos por una retahíla de insultos, los dos sujetos salían a la calle, completamente frustrados en sus propósitos.

—Ha desaparecido —dijo Tommy, con un pañuelo en el ojo izquierdo, que ya empezaba a hincharse.

—Sí —confirmó Don, abatidamente, mientras se frotaba la rodilla derecha—. Ha desaparecido.

—Entonces, nosotros debemos hacer lo mismo. Vámonos, volveremos a encontrarla.

* * *

El vestíbulo aparecía en orden cuando Grove entró en la casa. Subió al departamento de Myrna, pero volvió a bajar a los pocos minutos.

—¿Sabe si la señorita Simpson ha salido? —Se dirigió al conserje.

—Hará cosa de un cuarto de hora, señor. Parecía que tenía mucha prisa...

—¿Iba sola?

—Pues... sí, señor. En un principio me pareció verla acompañada de dos caballeros, aunque quizá me haya equivocado. Es que ha habido una pequeña pelea, ¿sabe? Los señores Frobisher

llegaban de compras, cargados. De paquetes, y se tropezaron con unos desconocidos.

Grove ocultó una sonrisa al conocer la historia del incidente. Sí alguien había ido a buscar a la muchacha, pero Myrna, muy avispada, había conseguido poner en un brete a los hampones.

Lo malo, se dijo, era que había desaparecido y que no sabía dónde encontrarla. Después de dar las gracias al conserje, salió a la calle.

Myrna, y esto era lo importante, se había salvado. Ya daría señales de vida, pensó.

Cuando salía del coche, frente a la puerta de su casa, alguien le cerró el paso casi con violencia.

—Soy

N. K. E.

11 - 573 —dijo el hombre furiosamente a la vez que ponía un paquete en las manos de Grove—. Aquí tiene y déjeme en paz de una maldita vez para siempre, ¿me ha entendido?

El paquete, de una forma harto conocida por Grove, quedó en su poder, mientras el desconocido se alejaba con paso rápido, hacia un coche estacionado a poca distancia. Grove lo miró unos segundos, hasta que vio desaparecer a lo lejos las luces rojas de cola del vehículo.

—Así da gusto —dijo, a la vez que hacía saltar el paquete en el aire.

Entró en la casa. El ascensor le llevó a su departamento. Abrió. Myrna estaba en el centro de la sala.

—¡Myrna! —gritó.

Lanzó el paquete a un lado, corrió hacia ella, la abrazó fuertemente y empezó a besarla en la cara, casi con furia, innumerables veces. Al fin, Myrna, muy sofocada, casi sin respiración, pudo separarse de él. Sonriendo, le miró y dijo:

—¡Caramba, qué ímpetu! Creí que la entrevista con la señora Doniphan le habría dejado... indiferente al sexo opuesto.

—No ha habido nada de lo que piensas, aunque la verdad es que me enseñó una manzana muy apetitosa. ¿O eran dos?

—¿Te enseñó dos manzanas?

Grove sonrió.

—Llevaba una blusa a la última moda —dijo.

—Ah. Granuja, cómo te has refocilado...

—Por favor, Myrna, créeme, he sabido resistir a la tentación. Pero, dime, ¿qué te ha pasado?

—Pues dos sujetos entraron cuando hablaba contigo... Ya habían estado antes y pude darles esquinazo, pero en esta ocasión me sorprendieron y...

Myrna relató todo lo ocurrido, desde su salida del departamento hasta la llegada al vestíbulo.

—No sabía adónde me iban a llevar ni lo que pretendían hacer conmigo, así que pensé que lo mejor era perderme de vista —concluyó.

—Y lo has conseguido.

—Aquí me tienes, ¿no? Ted, he estado hablando con los tipos que me quisieron robar el bolso más de una vez. Se llaman Alvin Mahoney y Judd Miller. En el fondo, son dos desgraciados, unas buenas personas.

—Sí, necesitamos de una mano amiga que les levante del fango en que han caído —dijo él cáusticamente.

—Pues puede que sea verdad —exclamó Myrna—. El caso es que me han dado un nombre y una dirección, y pienso que sería muy interesante hablar con ese individuo.

—¿Cómo se llama?

—Harry Smith, Grantland Road, mil novecientos dos. Fue el que les contrató para robarme el bolso. Pero yo sospecho que Mahoney y su socio se han equivocado desde el primer día y me han confundido con la señora Doniphan.

—Pudiera ser —convino el joven pensativamente—. Está bien, iremos a visitar al señor Smith, nombre que me parece más que falso, pero en otro momento. Antes, quiero decir ya, mañana, visitaremos a

N. K. E.

11 – 1563. Si mis sospechas son ciertas, acabo de recibir la tercera remesa de diez mil dólares.

—¡Cielos! —exclamó Myrna—. ¡Más dinero...! Parece que llueva del cielo, Ted.

Grove cogió el paquete y lo blandió delante de la muchacha.

—Aquí está —dijo.

Myrna frunció el ceño.

—Ted.

—Dime, preciosa.

—No toques ese paquete.

Grove tenía la mano en la cinta que sujetaba el papel que envolvía el fajo de billetes. El tono de voz de Myrna le alarmó un tanto.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Los otros paquetes tenían la envoltura sujeta con papel adhesivo. En éste hay una cinta y, además, es más grueso. No lo abras, te lo ruego.

—Si no les importa, yo abriré el paquete. En mi casa, por supuesto —sonó de pronto la voz de un desconocido.

Grove y Myrna se volvieron al mismo tiempo. Ella lanzó un grito de susto al ver a un hombre que les encañonaba con una pistola de gran calibre.

CAPÍTULO X

El rostro del individuo aparecía casi completamente oculto por unas enormes gafas de color, que permitían ver muy poco de sus facciones. La ropa era corriente de color oscuro.

—Usted tiene veinte mil dólares más —dijo el sujeto.

—¿Como lo ha averiguado? —preguntó Grove.

—Sin comentarios. Vamos, traiga el resto del dinero —la pistola se encaró ahora hacia Myrna—. Ella es mi rehén hasta que vuelva.

—No se preocupe; no hay oro en el mundo suficiente para pagar su vida —dijo el joven.

—Gracias, cariño —sonrió Myrna.

Grove se marchó y volvió cinco minutos más tarde, con los veinte mil dólares, envueltos en una bolsa de plástico. La mano izquierda del sujeto se apoderó de la bolsa.

—Les voy a dar un consejo. Olviden que he estado aquí. Adiós para siempre —se despidió.

Myrna y Grove quedaron a solas nuevamente. Ella miró al joven y le dedicó una hechicera sonrisa.

—Has dicho algo que me ha llegado a lo más hondo del corazón.

—Dije exactamente lo que sentía. Y siento, claro.

Myrna avanzó unos pasos y le puso los brazos sobre los hombros.

—Eres un chico encantador —dijo—. Tendrás habitación de huéspedes, supongo.

—Eso significa que vas a quedarte a dormir en mi casa.

—Sí.

—Tengo una habitación destinada a posibles huéspedes. Tú ocuparás la mía.

—Gracias, amorcito.

Myrna le besó la punta de la nariz. Súbitamente, llegó un trueno sordo que procedía de las profundidades de la casa.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Grove.

—Temo que nuestro asaltante no ha tenido la paciencia para esperar a llegar a su casa —dijo ella.

—¡El paquete! —exclamó Grove.

—Seguro.

Grove se separó de la muchacha y corrió hacia el pasillo. Abrió la puerta y oyó gritos y voces de alarma.

Una mujer chilló horriblemente.

Alguien dijo:

—Destrozado, hecho pedazos... Una bomba...

Grove cerró la puerta.

—Myrna, ¿a quién corresponden las iniciales

N. K. E.?

—preguntó.

—Nayland K. Eardale.

—Entonces, él es el autor de la bomba.

—Iremos a verle mañana por la mañana...

—No. Resultaría inútil. Eardale lo negará todo y nadie podrá probarle que lo hizo. A fin de cuentas, si es cierto lo que suponemos, se trata de un chantaje. Norman, seguro, murió por no querer pagar ese chantaje, pero todavía hay dos que sí han pagado. Iremos a ver a estos dos.

—Es una buena idea. Ted, querido, he pasado un día muy agitado. ¿No tienes por ahí un sedante?

—Te daré algo mejor. Yo no tomo sedantes jamás.

Grove puso en un vaso una buena dosis de licor y se lo entregó a la muchacha.

—Tómalo a sorbitos —aconsejó—. Y ciérrate por dentro con llave, si temes que me convierta en una fiera.

Ella sonrió.

—No eres un vampiro —dijo. Bebió un poco y luego le miró fijamente—. Ted, si Helen llevaba una blusa completamente transparente y es tan hermosa, ¿cómo supiste resistir la tentación?

—Porque pensé en que había otra mujer con la misma cara... y no me pareció bien.

Myrna le besó suavemente en una mejilla.

—Eres encantador —murmuró—. Buenas noches, querido.

—Buenas noches, preciosa.

* * *

Grove fue despertado bruscamente por la mañana por la voz de Myrna.

—El desayuno del señor y el diario del señor —anunció la muchacha—. Con la noticia de la muerte de un desconocido, en esta misma casa, a consecuencia de la explosión de una bomba.

Grove se sentó bruscamente en el lecho.

—¿No han dado su nombre? —preguntó, mientras se ponían la bandeja sobre las piernas.

—No. La explosión quemó por completo su documentación. Sin embargo, se han tomado las huellas dactilares de los cuatro o cinco dedos que quedaron ilesos, pero están aguardando a recibir los datos de identificación. La policía dice que el explosivo pesaba unos cien gramos y deflagró por un mecanismo de simple fricción. Sencillo, pero letal.

Grove se llevó a los labios la taza de café.

—El muerto podía haberlo sido yo —dijo.

—Y yo, que estaba frente a ti.

—Myrna, aparte de que el paquete era distinto, ¿cómo sospechaste que podía tratarse de una bomba?

—Ted, cuando se trata de asuntos de chantaje, alguien acaba siempre por cansarse —respondió ella, sentenciosamente—. Unos no quieren pagar... y acaban como Norman. Otros, en cambio, son más agresivos.

—Como Eardale.

—Justamente. —Myrna se encaminó hacia la puerta—. Aunque no te lo parezca, son más de las diez de la mañana. Recuerda que hemos de visitar a Jayne en primer lugar.

—¿Por qué?

—Es el que más cerca tenemos, está en casa... y supongo que será más asequible que los otros.

—Mucho has adelantado, guapa.

Myrna se volvió desde la puerta.

—He usado el teléfono, simplemente —dijo.

La casa era grande, muy lujosa, con las paredes revestidas de paneles de madera oscura y decorada con cuadros de notable mérito. Era indudable que se respiraba dinero por todas partes, sobre todo, si se fijaba uno en el atildado mayordomo que les había recibido, pensó Grove, mientras, en unión de Myrna, aguardaba que el dueño de la mansión accediera a recibirles.

El mayordomo se hizo visible al fin.

—Por aquí, señores —indicó.

Segundos después, Grove y Myrna entraban en una enorme sala, con la mayor parte de las paredes cubiertas por estanterías rebosantes de libros. Detrás de una lujosa mesa, estaba Charles J. Jayne.

—Si han venido a pedirme más dinero, deben saber que no daré un solo centavo más —dijo fríamente—. Ya pagué lo convenido; ahora estoy dispuesto a arriesgar la publicidad, por adversa que me resulte.

—Señor Jayne, nosotros no queremos dinero —respondió Grove—. Es más, vengo a devolverle los diez mil dólares que usted me dio hace algunos días.

Un paquete cayó sobre la mesa, aunque Grove puso una mano encima, como reteniéndolo todavía. Era un gesto indicador de que la entrega no era aún definitiva.

—Pero me tiene que decir quién y por qué le exigía ese dinero —añadió.

Jayne se sentía estupefacto. En cuanto a Myrna, su asombro no era mayor. Pero ¿no se había llevado todo el dinero aquel tipo que había muerto destrozado por una bomba?

Jayne hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que no les he invitado a sentarse —dijo—. Disculpenme, se lo ruego. ¿Desean beber algo?

—Es un poco pronto —respondió Myrna.

—Café, entonces.

Jayne tiró del cordón de una campanilla. El mayordomo apareció a los pocos segundos.

—Café, Marston, por favor.

—Al momento, señor.

Jayne ofreció cigarrillos a sus visitantes. No hubo apenas palabras en la estancia, hasta que el mayordomo hubo vuelto con el servicio del café.

—Déjelo, Marston, yo serviré —dijo Jayne.

—Muy bien, señor.

Jayne llenó la taza de la muchacha y se la entregó, tras consultarle sus gustos sobre la cantidad de azúcar. Luego, mientras llenaba la de Grove, dijo:

—En realidad, no sé quién es el chantajista, ni le he visto jamás. Salvo usted, claro; pero me parece que no lo es, señor Grove.

—No, no lo soy —contestó el aludido.

—En realidad, todo empezó cuando recibí una carta en la que se me exigían diez mil dólares, a cambio de conservar la vida. De la primera y de la segunda carta no hice el menor caso; es más, ni siquiera avisé a la policía. Pero un día me encontré una nota en el coche, en donde se me avisaba que tenía rota la dirección. Una semana más tarde, fueron los frenos... Lo comprobamos en un taller de confianza y era cierto. Al final, recibí otra carta en la que se me decía que cualquier día, al dar contacto al coche, podía explotar una bomba. Por supuesto, se me garantizaba que sería la última entrega de dinero y pensé que quizá valiera la pena probarlo. Junto con la carta venía la fotografía de un hombre idéntico a usted, señor Grove, y la orden de entregarle el dinero en un determinado sitio. Naturalmente, también se me otorgaba una contraseña, la clave que le di a usted...

—Sí, pero ¿por qué me dio precisamente el dinero a mí? —preguntó Grove.

—Había ido al lugar indicado y no encontré al sujeto. Luego le vi a usted...

—Señor Jayne, debe saber que todo esto que pasa, en buena parte, es cosa de una serie de increíbles coincidencias. El hombre que tenía que entregar los diez mil dólares, murió asesinado y se me parecía extraordinariamente. Jamás, en la vida, se me ocurriría extorsionar a nadie, se lo aseguro. Y la mejor prueba de todo es que le devuelvo el dinero.

—Se lo agradezco infinito pero ¿por qué me tomaron como sujeto de sus... experiencias?

Grove sonrió.

—Usted es persona que puede desprenderse de esa suma —respondió—. A mí no me pedirían ni cien dólares. Además, no está solo en esa... sociedad de «exprimidos». Por lo menos, sabemos de tres o cuatro casos. ¿Cuántos más habrá que han callado?

—Sí, tiene usted razón —convino Jayne—. Pero puede suceder que traten de cumplir sus amenazas, si se dan cuenta de que no han recibido mi dinero.

—Respecto a esto, no hay temor. Ayer, al fin, averiguaron que era yo quien tenía el dinero. Alguien vino a mi casa, con una pistola en la mano y se llevó tres paquetes que él creía contenían treinta mil dólares en total. Uno de los paquetes, sin embargo, era una bomba, que le explotó en plena cara, aunque puedo anticiparle que no fui yo quien preparó esa bomba.

Jayne se sentía atónito.

—Una bomba...

—Sí, posiblemente preparada por un hombre cuya identidad no voy a decirle, como es lógico. Esa persona pensó que no era justo que un miserable chantajista se apoderase del fruto de su trabajo y decidió enviarlo al infierno. También es muy probable que, en su decisión, influyese el hecho de que otro extorsionado, con toda seguridad, se negó a pagar y por ello fue asesinado. Quizá leyó usted en los periódicos la noticia de la muerte de James Rutherford Norman, señor Jayne.

—Sí, es cierto —convino el mencionado—. ¿También él...?

—Sí, pero debió de negarse a pagar y por ello lo asesinaron. En cambio, el hombre que preparó la bomba quiso, a su vez, dar un aviso al ventajista.

—Si lo mató, el aviso resultó definitivo.

—Posiblemente, el hombre que vino a robarme en mi propia casa era un simple mensajero. Pero a estas horas el autor del plan ya está avisado de lo que puede sucederle.

—Lo que no entiendo es por qué tuvieron que incluirle a usted en su plan —dijo Jayne.

—No me incluyeron. Simplemente, dio la casualidad de que el autor, o al menos, uno de los autores, tenía un enorme parecido fisonómico conmigo. —Grove se puso en pie—. Muchas gracias por habernos recibido —sonrió.

—Ha sido un placer se lo aseguro. Y el que debe dar las gracias

soy yo. Señor Grove, señorita Simpson, si un día necesitan algo de mí, vengan a verme sin el menor reparo. Marston, mi mayordomo, tendrá orden a partir de ahora de no negarles nunca el acceso a mi casa.

Grove y la muchacha abandonaron la mansión. Cuando ya estaban en el coche, Myrna manifestó su asombro por la devolución del dinero.

—Deberías haber leído el periódico un poco mejor —dijo él—. En la reseña de la explosión, no se habla para nada de una enorme cantidad de billetes de cien dólares. El estallido de la bomba no podía quemarlos todos, sino que debiera haberlos esparcido por los aires... y no fue así, porque sólo le entregué recortes de periódicos.

—Entonces, tienes todavía diez mil dólares en casa.

—Sí. Pero ya se los devolveremos a su dueño en otra ocasión. Ahora ya conocemos los motivos del chantaje, aunque no al chantajista.

—¿Se te ocurre alguna idea?

Grove consultó su reloj.

—Tú lograste convencer a dos tipos que trabajaban para un tal Harry Smith, ¿no es cierto?

—En efecto y hasta me dieron su dirección.

—Entonces, a la tarde iremos a hacer una visita al señor Smith.

CAPÍTULO XI

Mientras almorzaban en un restaurante discreto, Myrna hizo una observación:

—Y la señora Doniphan, ¿qué pinta en todo este asunto? —preguntó.

—Algo tiene que ver —contestó Grove—. Está mezclada en el jaleo, aunque, en mi opinión, de una forma un tanto accidental. Alguien quiso suprimirla, es cierto, pero apostaría algo a que no tiene nada que ver con los chantajes.

—¿Entonces...?

—Lo interesante sería saber cuál es la actividad real de la empresa que ella dirige. No pude saberlo y todo lo más que saqué en limpio fue que

O'Braugh

hacía para ella ciertos trabajos de investigación. No es demasiado, ¿verdad?

—Drophin encargó dos máscaras con tus facciones...

—Con las de Coleman, no lo olvides.

—Bien, con las facciones de Coleman. Pero cuando Drophin quiso hablar con ella, recibió una monumental bofetada. ¿Qué te dice eso, Ted?

—Me dice, sencillamente, que Drophin ha intentado entablar relaciones, de algún modo, con Helen, y ella lo ha enviado al diablo.

Myrna apartó su plato ya vacío.

—Ted, te propongo una cosa —dijo.

—Sí, desde luego.

—Pero todavía no sabes de qué se trata.

—Eres una chica muy sensata y no vas a decirme un disparate —

contestó él, sonriendo.

Myrna le dirigió una intensa mirada.

—Eres adorable, Ted —dijo—. Propongo que vayamos al Red Pine.

—¿Para qué?

—Sospecho que es el centro de ciertas operaciones... No sé qué clase de operaciones, pero me parece que no tienen nada de honestas. Ted, reflexiona, por muy lujoso y confortable que sea el dormitorio secreto, aquello no es solamente un nidito de amor.

—Sí, creo que comprendo.

—Entonces, puesto que ahora no hay demasiada clientela en el Red Pine, podríamos intentar sonsacar a alguno de los *barmen*.

—Serán fieles a su patrona, Myrna —objetó Grove.

—Tal vez, pero con alguna palabra que nos digan, podemos tener el extremo de un hilo... ¿Continúo con el ovillo?

Grove se echó a reír. Sacó unos billetes y agitó la mano para llamar la atención del camarero. Después de pagar la nota, se dispuso a levantarse.

Súbitamente, Myrna lo agarró por un brazo.

—Ted, están ahí —dijo en voz baja.

Grove volvió la cabeza. En la acera, fuera del local, había dos sujetos de aspecto nada recomendable, pese a que iban correctamente vestidos.

—Son Tommy y Don —añadió la chica.

—¿Crees que nos esperan?

—Seguro. Han debido de buscarnos como locos... por lo menos a mí...

—Bien, mientras estemos aquí, no harán nada. ¡Señorita!

La camarera acudió en el acto.

—Dos tazas de café, por favor —pidió Grove.

—Bien, señor.

Grove se puso en pie.

—Voy a telefonear —dijo—. Si intentasen hacerte algo aquí mismo, chilla, pateas, derriba una mesa... Eso siempre arma un poco de escándalo y no les conviene, ¿comprendes?

—No tardes mucho —sonrió Myrna.

Grove buscó el teléfono, insertó una ficha y marcó un número.

—¿Policía? Por favor, acudan pronto; están atracando el

Swance, calle Elmwood, ciento treinta y siete. Dos tipos, con pistola... Pronto, por favor.

El teléfono volvió a su sitio. Grove se sentó de nuevo junto a Myrna.

—¿A quién has llamado? —preguntó ella.

—Aguarda un momento y verás una interesante aplicación de las comunicaciones por radio —contestó Grove maliciosamente.

Pasaron diez o quince segundos. De pronto, se oyó a lo lejos una sirena policial.

Los dos pistoleros se sobresaltaron. La sirena se acercaba rápidamente.

Tommy y su compinche corrieron hacia el automóvil que tenían estacionado frente al restaurante y entraron en su interior. El vehículo se puso en marcha inmediatamente.

El coche de patrulla estaba ya a menos de cincuenta metros. Grove se levantó y corrió hacia la entrada. Cuando el auto policial estaba a punto de detenerse, extendió la mano derecha:

—¡Por allí! ¡Aquel sedán verde oscuro!

El coche patrulla arrancó de nuevo a toda velocidad. Grove vio a uno de los agentes con el micrófono en la mano. Sonriendo satisfecho, se metió las manos en los bolsillos.

Myrna se le unió instantes después.

—Eres un tipo diabólico —dijo.

—Son unos novatos. No han podido resistirlo.

—Pero si ellos no iban a hacer nada aquí...

—Querida, cuando no se tiene la conciencia limpia, los dedos se nos antojan huéspedes —respondió Grove sentenciosamente.

—Sí, eso es verdad —concordó la muchacha.

De repente, vieron venir un coche verde a toda velocidad.

—¡Ahí vienen, han dado la vuelta! —gritó Myrna.

El auto patrulla seguía detrás, haciendo aullar su sirena. De súbito, un enorme camión atravesó la calle en el cruce próximo.

El coche de los pistoleros tuvo que desviarse, para no chocar de frente contra el mastodonte con ruedas. Al hacerlo, se metió en la acera y, aunque su conductor frenó, no pudo evitar el impacto contra una pared. Los policías saltaron de su coche, y revólver en mano, corrieron hacia los pistoleros.

Otro coche patrulla llegó en el acto. Grove contempló satisfecho

el resultado de su argucia.

—Bien, preciosa, creo que ya podemos marcharnos rumbo al Red Pine —dijo—. Don y Tommy van a estar fuera de combate durante algún tiempo.

—La verdad es que ahora casi empiezo a arrepentirme de no haber permitido que me llevaran con ellos —suspiró Myrna—. Eso ha impedido satisfacer mi curiosidad, ¿no crees?

Grove elevó la vista al cielo.

—¡Mujeres! —refunfuñó—. Puede que hubieras satisfecho tu curiosidad, pero yo no habría podido llevar flores a tu tumba, porque ni siquiera sabría dónde te habrían enterrado.

—Oh, Ted —se lamentó ella—. No seas tan lúgubre...

Grove la empujó hacia el automóvil.

—Soy realista, que es muy diferente —dijo—. Anda, vamos; la idea de sonsacar a alguno de los *barmen* del Red Pine es excelente.

Quince minutos más tarde, un policía les hizo señas de que se detuvieran.

—No se puede seguir adelante —dijo—. Hay un incendio y la calle está cortada momentáneamente.

Grove miró hacia adelante. Había un enorme barullo de coches de bomberos y de policía, hombres de uniforme iban y venían, mangueras que arrojaban agua incesantemente.

—Apostaría algo a que esa entrevista no va a tener lugar —murmuró.

Retrocedió un poco, encontró un hueco y estacionó el coche. Myrna contemplaba con ojos especulativos la enorme humareda que salía del Red Pine.

De pronto, Grove vio algo que le hizo abandonar el coche.

—Espérame y no te muevas de aquí —dijo.

* * *

Detrás de unas grandes gafas de color, Helen Doniphan contemplaba los esfuerzos de los bomberos por atajar el incendio que consumía su local. Tenía los labios prietos y estaba muy pálida.

—Parece que alguien te quiere mal —dijo una voz de repente.

Helen volvió la cabeza un instante.

—¿Has venido a verlo? —preguntó fríamente.

—Pasaba por aquí, simplemente —contestó él—. ¿Quién lo ha hecho?

—El mismo que mató a Gerry. Bueno, ordenó matarlo, que para el caso da igual.

—Drophin, supongo.

Ella hizo un breve gesto de asentimiento.

—¿Qué relaciones «no» existen entre vosotros? —preguntó Grove intencionadamente.

—Cuando se ha luchado para prosperar y tener un buen negocio, no es agradable ver que otro quiere llevárselo, sin más esfuerzo que el de la violencia o las amenazas.

—Drophin quería el Red Pine —adivinó Grove.

—Sí —contestó Helen, ceñudamente.

—Y, supongo, ahora te tomarás el desquite.

—Puedes tenerlo por seguro, Ted.

—No te metas en jaleos de pistolas, Helen.

Ella se revolvió furiosamente.

—¿He de permitir que ese tipo me avasalle? —contestó, casi a gritos.

—Cuidado, baja la voz, hay gente que nos mira.

—Está bien..., pero Drophin me tiene que pagar lo que ha hecho.

—Incluyendo el asesinato de Gerry O'Braugh.

—Sí.

—Cuando los bomberos entren en tu local encontrarán el cadáver...

—No te preocupes, Gerry ha sido enterrado ya. Un médico amigo firmó el certificado de defunción. Precisamente, ahora volvía del cementerio.

—Y te has encontrado con que el Red Pine ardía en pompa.

Helen abrió su bolso y sacó una pitillera. Grove le ofreció su propio encendedor.

—Lamento lo que te ha sucedido —dijo él, después de encender su propio cigarrillo—. Sin embargo, vuelvo a pedirte que no cometas una imprudencia de la que puedas lamentarte más adelante.

Ella le miró con curiosidad a través de los discos de vidrio

oscuro.

—Ted, ¿sabes que empiezas a gustarme? —sonrió—. No se puede decir, sin embargo, que seas un tipo arrebatador, pero tienes algo que atrae inexplicablemente.

—Es que soy un buen chico y se me ve en la cara —contestó él con jovialidad—. Pero no intentes tomarme como sustituto de Gerry.

—No soy tu tipo, ¿eh?

—A decir verdad, y no te ofendas, no. Sospecho que algunas de tus actividades rozan demasiado la ley, si no la quebrantan abiertamente. Soy muy tolerante, pero no hasta ciertos extremos.

Helen suspiró largamente.

—Creo que te comprendo —dijo.

—Gracias. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Desde luego.

—¿Dónde vive Drophin?

Ella se sorprendió un instante.

—Eastern Road, seiscientos noventa —contestó—. ¿Por qué lo preguntas?

Grove emitió una sonrisa maliciosa.

—Creo que voy a hacerle una visita —dijo.

—Iré contigo...

—No, gracias. Tú tienes muchas cosas de qué ocuparte. A propósito, esa empresa tuya, ¿qué encubre?

Helen apretó los labios.

—Eres demasiado curioso, Ted.

—Recuerda, quisieron asesinarte dos veces. Eso no se hace por celos. Un hombre celoso, mata personalmente, pero no encomienda esa tarea a unos asesinos profesionales.

—Lo que me gustaría es saber qué interés puedes tener tú en este asunto.

—El interés propio de todo individuo que se ha visto mezclado en una serie de crímenes repugnantes, sin desearlo en absoluto. Es el interés del que no quiere que se aproveche de él, de su físico, de su personalidad, para asesinar, robar y extorsionar... y pegar fuego a un buen negocio.

Grove terminó la parrafada y dejó caer la colilla al suelo, aplastándola con el tacón.

Miró a Helen, que había vuelto a ponerse seria, sonrió y emprendió la marcha hacia el lugar donde le aguardaba Myrna.

Un coche de bomberos acababa de llegar y sus ocupantes habían saltado al suelo y desplegaban las mangueras. Grove tuvo que apartarse a un lado para dejarles sitio.

Al hacerlo, vio un coche parado junto a la acera, con el morro situado en dirección opuesta al incendio. En su interior, tras el volante, había un individuo con un periódico doblado en la mano izquierda.

La mano derecha tenía una posición muy peculiar. Grove adivinó inmediatamente la pistola escondida en el diario.

El arma apuntaba a la espalda de Helen, situada a seis o siete pasos de distancia. Ella se movió un poco y la pistola se movió también. En aquel instante, salía un potente chorro de agua por una de las mangueras.

Grove simuló tropezar y cayó hacia adelante, chocando contra el bombero. La manguera se desvió con tremenda violencia y el chorro de agua, con toda su fuerza, dio de lleno en la cara del pistolero, que fue lanzado hacia atrás, dentro del coche.

—Pero ¿está loco? —gritó el bombero—. ¿Es que no tiene ojos en la cara?

—Dispénsame, amigo; tropecé sin querer y...

Helen se había vuelto al percibir aquel pequeño jaleo. En el interior del coche el pistolero forcejeaba por recobrar la posición normal.

Grove corrió hacia la mujer.

—Lárguese pronto —dijo—. Hay un hombre que quería matarla...

Ella lanzó una mirada hacia el coche y comprendió en el acto.

—Gracias otra vez —musitó.

Un policía se acercaba en aquel instante al coche del pistolero. Abrió la portezuela y, solícito, dijo:

—¿Podemos ayudarle en algo, señor?

De pronto, vio la pistola con silenciador en el suelo del auto del coche y se enderezó bruscamente.

—Será mejor que se esté quieto —dijo a la vez que sacaba su revólver y saltaba un poco hacia atrás—. No toque ese revólver...

Otro policía vio la acción de su compañero y corrió hacia allí.

Grove, satisfecho, se alejó, silbando alegremente, con las manos en los bolsillos.

Helen le alcanzó a los cuatro o cinco pasos.

—Ted, ahora más que nunca, comprendo que puedes ser el hombre de mi vida —dijo cálidamente.

—Hay otra mujer que ya ha dicho lo mismo —respondió él—. Lo siento de veras.

Las manos de Helen cayeron laciamente a lo largo de los costados.

—Creo que te he perdido —dijo.

—Sí.

Grove se sentó junto a Myrna.

—Una conversación muy interesante, supongo —dijo la chica—. En efecto, ¿sabes una cosa? Drophin y Harry Smith son la misma persona.

—Increíble.

—¿Cómo que increíble? Después de todas las cosas que han sucedido, lo absurdo es lo más normal del mundo —contestó Grove alegremente.

CAPÍTULO XII

—Bien, ésa es la residencia de Wesley Drophin, alias Harry Smith — dijo Grove a las seis de la tarde de aquel mismo día.

Myrna contempló el edificio, grande, suntuoso, de aspecto un tanto anticuado, pero indudablemente atractivo, sobre todo por el enorme parque que lo rodeaba. El caserón estaba en alto y había un gran espacio lleno de césped hasta la fachada. Al otro lado, se adivinaba una piscina, a pocos pasos de uno de los muros.

La propiedad, sin embargo, no estaba protegida por una verja. Sólo había una pequeña valla de madera, pintada de blanco, con la puerta abierta de par en par.

—No es demasiada protección —comentó Myrna.

—Seguramente, por la noche, hay un circuito de alarma. Cualquiera que pase por encima de esa valla, accionará un montón de timbres, alguno de los cuales puede que esté instalado en una comisaría.

—Sí, es muy probable. Bien, ¿qué hacemos, Ted?

Grove abrió la portezuela del coche.

—Empezar la faena —contestó.

Tranquilamente, como dos paseantes, subieron por el sendero central y llegaron a la puerta, de gruesos paneles de roble, protegida por una marquesina que parecía la mitad de un templete. Antes de llamar sin embargo, Myrna se sintió asaltada por ciertos escrúpulos.

—Ted, ¿por qué hacemos todo esto? —murmuró—. ¿Por qué nos preocupamos de algo que, bien pensado, no nos concierne en absoluto?

—Querida, hay algo que sí nos importa mucho —contradijo él—. Es algo que sucede una vez entre cientos de millones, pero en

esta ocasión nos ha tocado a nosotros. Quiero decir que la casualidad ha hecho que existan dos parejas de ambos sexos con rostros idénticos. Alguien se aprovechó de esta coincidencia difícilmente creíble, si no fuese porque nosotros, en cierto modo, somos víctimas, y creo que debemos dejar resuelto este asunto de una vez para poder vivir en paz el resto de nuestros días.

—Amén —dijo Myrna solemnemente—. Por cierto, ¿en qué trabajas tú?

Grove suspiró.

—Trabajaba, supongo, porque ya hace algunos días que no aparezco por la oficina y me considerarán despedido. Informes para una compañía de seguros. ¿Y tú?

—Creo que estoy en tus mismas condiciones. Era la mejor dependienta en una tienda de modas, de las buenas. Iban a nombrarme jefe de personal pero... —Myrna suspiró primero y luego se encogió de hombros—. Ya encontraré otro empleo.

—Al menos, has encontrado marido.

—Lo que en las actuales circunstancias no es poco —rió ella—. Anda, llama.

Grove oprimió el timbre de la puerta. Al cabo de unos minutos, alguien abrió.

Una hermosa mujer, de unos treinta y dos años, espectacularmente ataviada con un vestido, cuyo escote llegaba hasta el estómago, apareció ante los ojos de los dos jóvenes. Al verla, Grove lanzó una exclamación de asombro:

—¡Atiza, si es Sally Potter!

* * *

La sorpresa de Sally no fue menor.

—¡Ted...! —dijo—. Pero ¿qué haces aquí?

Grove tardó algunos segundos en contestar. De súbito había creído comprenderlo todo.

Dentro de la casa sonó una voz masculina:

—¿Quién es, cariño?

—Soy yo, señor Potter —contestó Grove a voz en cuello—. ¿O prefiere que le llame Harry Smith?

Un hombre apareció en el vestíbulo. Era tremendamente fornido

muy alto y de rostro granítico. Aunque lo conocía personalmente, era, sin embargo, la primera vez que hablaba con él.

—¡Es él, está vivo...! —dijo Potter.

—No, Coleman está muerto. Yo soy su doble o, si lo prefiere, él era el mío. No se haga el sorprendido, Potter; demasiado sabe que a Coleman le pegaron un tiro aunque tuvo tiempo de darme un papel en el que había algunos datos que usted buscó siempre desesperadamente.

Las facciones de Potter se contrajeron.

—Será mejor que hablemos dentro de la casa —dijo.

—Es una excelente idea, señor Smith.

Potter apretó los labios, pero no dijo nada. Al pasar por su lado, Sally murmuró:

—Ted, te juro que yo soy inocente... Él dijo que viniéramos aquí; iba a hacer un buen negocio...

—En unión de su amigo Drophin, ¿no?

Potter oyó aquellas palabras y se revolvió en el acto.

—¿Cómo lo sabe? —Gruñó.

—La casa es de Drophin. A éste no le interesaba que ciertas visitas le vieran. Por eso hizo venir aquí a ustedes bajo la ficción de que se la alquilaba. Usted, señor Potter, era el encargado de ejecutar sus órdenes, si no me equivoco.

—Bien, al menos no he hecho nada malo.

—Salvo dar órdenes de ejecutar a quienes les estorbaban. Por ejemplo, Ken Hopkins, Gerry O'Braugh...

Helen Doniphan... ¿Fue mi vecindad la que impulsó a Drophin a encargarse de unas máscaras con mi rostro? Coleman tenía que seguir vivo, aunque hubiese muerto, para matarlo más veces y desconcertar así a sus adversarios, ¿no es cierto?

—En este asunto, hay muchas cosas que usted ignora —rezongó Potter.

—No quiero saberlas. Me basta con lo que he averiguado —contestó el joven firmemente—. Sé lo suficiente para afirmar que usted, aliado o quizá subordinado de Drophin, actuaba para extorsionar a la gente y para quedarse con un montón de negocios de grandes rendimientos económicos: el Red Pine uno de ellos. Pero, seguramente, Coleman decidió independizarse y por eso

decidieron que tendría que morir. Coleman era el que se encargaba de los chantajes, ¿no?

Hubo un instante de silencio. Inflexible, Grove continuó:

—Los dos pistoleros que pretendían matar a Helen Doniphan están en poder de la policía. Siempre se confundieron con esta chica que tengo al lado... Potter, la verdad es que nunca supieron elegir bien a sus colaboradores. Hartland está en el hospital y de ahí irá a la cárcel. Kennen también ha sido arrestado, empapado de agua de pies a cabeza... También podríamos mencionar al supuesto mecánico que puso una bomba y le explotó en las narices... Resumiendo, lo han hecho todo lo peor que han podido.

Grove estudió un instante el voluminoso rostro de Potter, en cuyo cráneo se advertían ya unas profundas entradas.

—Cuando recibía a Jud y a Alvin llevaba puesta una máscara —dijo—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué no la lleva puesta?

Sally soltó una risita.

—Se la hicieron demasiado ajustada. Quitársela era todo un drama —explicó.

—Aficionados —masculló Grove.

—Aficionados, tal vez, pero dispuestos a no cometer más errores —sonó de pronto una voz en la entrada.

* * *

Myrna lanzó un grito. Grove permaneció inmutable.

—Apostaría algo a que usted es Drophin y que tiene una pistola en la mano —dijo.

—Exactamente. La casa es grande y hay sitio de sobra para ocultar dos cadáveres.

Sally retrocedió unos pasos.

—Van... van a matarlos... —dijo, aterrada.

—Tú, cállate —gruñó su esposo de mal talante.

—Si abre la boca, se la cerraremos también para siempre —amenazó Drophin.

—Matar a la gente es perjudicial para la salud. Uno acaba en la cárcel para el resto de sus días —dijo Grove.

—Correremos ese riesgo —aseguró Drophin.

—Jefe, aquí en el *hall* no —dijo Peter.

—Sí, se mancharía de sangre. El suelo es de madera y costaría mucho limpiarlo de nuevo —sonrió Grove Drophin lanzó un juramento.

—¡Maldición! Grove, ¿por qué diablos tuvo que meter las narices en algo que no le interesaba?

—No lo hice por gusto, créame. Pero me sentí muy infeliz cuando vi muerto a Coleman. Usted no sabe lo que se siente cuando se ve muerto a alguien de cara idéntica a la de uno. Parece como si uno estuviera mirándose en el espejo, vivo, pero muerto... Y luego aquellas dos máscaras, las que llevaban puestas Norman y Gerry...

—Norman formaba también parte de la organización, pero quiso independizarse.

—Ustedes le sacaron dinero...

—Para obligarle a que siguiera con nosotros. No quiso hacernos caso y lo quitamos de en medio.

—¿Y Gerry?

—Había que presionar a Helen Doniphan.

—Sí, ya entiendo, pero como ella no cedió, le incendiaron el Red Pine.

—¡Basta! ¡Acabemos de una vez! Caminen —ordenó Drophin.

—Wesley, será mejor que tires la pistola —se oyó súbitamente la voz de Helen.

Drophin se estremeció fuertemente. De súbito, giró en redondo y apretó el gatillo varias veces seguidas.

Helen gritó y cayó de espaldas. Grove saltó hacia adelante y golpeó con su mano la muñeca de Drophin.

El revólver saltó por los aires. Drophin lanzó un aullido.

—¡Potter, ayúdame!

Pero Potter, aterrado, había dado media vuelta y escapaba a todo correr. Sally dudó un instante y le siguió con no menor velocidad.

Drophin reaccionó y se agachó para recobrar la pistola. Entonces, un pie se apoyó en sus posaderas y lo despidió hacia adelante con tremenda potencia.

El asesino salió disparado. Corrió unos cuantos pasos, agachado como estaba y acabó chocando contra un enorme jarrón de adorno, que se rompió en mil pedazos al impacto de su cráneo. Drophin, incapaz de resistir los efectos del golpe, cayó sin sentido.

—Avisa a la policía —dijo Grove.

Myrna echó a correr en busca de un teléfono. Grove se arrodilló junto a Helen, cuyo rostro aparecía completamente blanco. Pesarosamente, Grove observó el pecho cubierto de sangre, en el que los síntomas de la respiración se hacían cada vez más débiles.

En la trasera de la casa se oyó un rugido, cuando un automóvil inició la arrancada. Segundos más tarde, el coche se detuvo. Sus ocupantes se apearon y trataron de huir, al observar que las ruedas posteriores estaban sin aire.

De repente, un coche de la policía se detuvo al pie de la loma. Potter y su esposa, desalentados, alzaron las manos al mismo tiempo.

Grove se puso en pie. Myrna se reunió con él.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Sí.

—La policía ha venido demasiado rápido.

—Demasiado tarde —contestó Grove sombríamente.

* * *

—Fue Mahoney quien avisó a la policía, a una hora que yo le indiqué de antemano —explicó Grove aquella misma noche.

—Ahora lo entiendo. De todos modos, esa clase de ayuda...

Grove sonrió maliciosamente. Fue a la cocina y volvió con un fajo de billetes.

—Mahoney y Miller recibieron mil dólares cada uno. El resto es para nosotros —dijo.

—¡Pero ese dinero no es tuyo, Ted!

—Pertenece a R. T. 25 - 1294. Hablé con él, le expliqué todo lo sucedido y me dijo que, si acababa con este problema, podría quedarme con los diez mil.

—¡Oh, es magnífico! Así tendremos para aguantar una temporada, hasta que encontremos trabajo...

—Yo ya tengo empleo. He hablado con mis jefes y quieren que vuelva a mi puesto. En cuanto a ti, preciosa al menos en los primeros tiempos no harás otra cosa que atender a tu maridito. Es decir, si no te disgusta...

—Tendré que intentarlo —contestó Myrna maliciosamente—. Es

algo que nunca he hecho, Ted.

—Bueno, con el tiempo aprenderás, no hay prisas. Además, nuestros gastos se verán reducidos, puesto que si te vas a casar conmigo, podrás dejar tu apartamento.

—Eso es muy cierto. —De pronto Myrna se puso seria—. Ted, ¿qué era Helen, en realidad?

—Una mujer muy enérgica. Tenía el Red Pine, más la compañía de transportes. En la sala de juntas no se reunía siempre el consejo administrativo. Aquel día, cuando Hartland quiso asesinarla, ella había convocado a unos cuantos sujetos, que tenían también negocios similares a fin de animarles a resistir las presiones de Drophin, quien quería apoderarse de todos los locales que representaban algo en la ciudad. También quería conseguir el negocio del chantaje, que era idea de Gerry O'Braugh, su amante y ejecutor de algunos trabajos duros, por definirlos de una manera. A Gerry, calculo, lo asesinó alguno de los pistoleros detenidos... Pero creo que eso ya no nos importa demasiado, ¿verdad?

Myrna le abrazó fuertemente.

—Ahora nos importa el futuro —dijo con ojos resplandecientes.

FIN

Lo primero que hizo fue apagar las luces del departamento. Luego, con un extraño objeto en las manos se acercó a la ventana.

El objeto era un tubo de metal negro, mate, muy ligero, de unos cinco o seis centímetros de diámetro, acodado en los extremos. Su longitud era de unos tres metros.

Se lo había construido un amigo de la Marina de Guerra. El, por supuesto, había proporcionado los materiales, baratos y fáciles de obtener: los trozos de tubo y las lentes. En resumidas cuentas, era un periscopio.



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de

escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.